

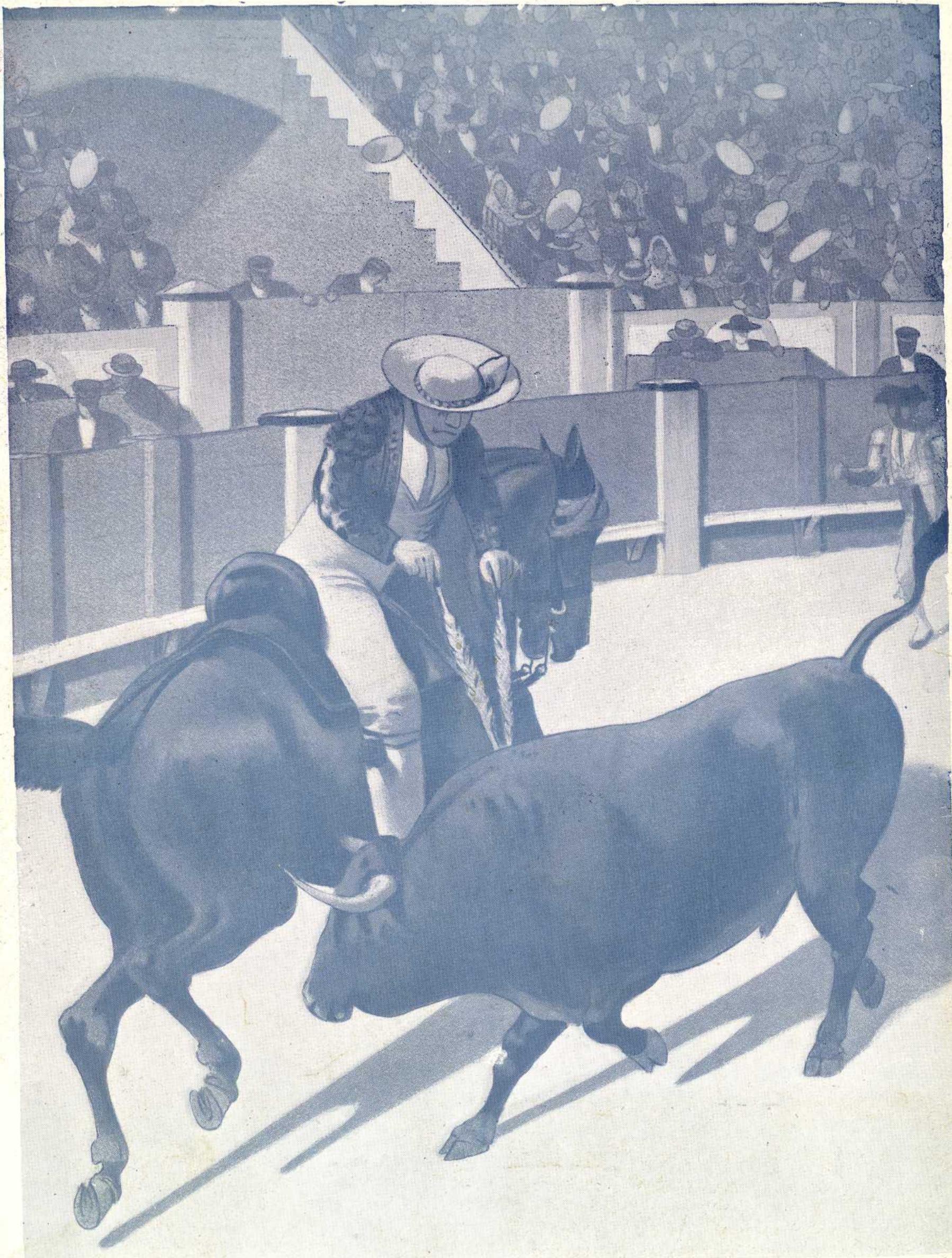
COMPLEMINTO SEMANAL DE MARCA

# El Ruedo



1<sup>50</sup>  
Pts

LA AVENA



Badila pareando a caballo

(Dibujo de Borja)

# El Ruedo



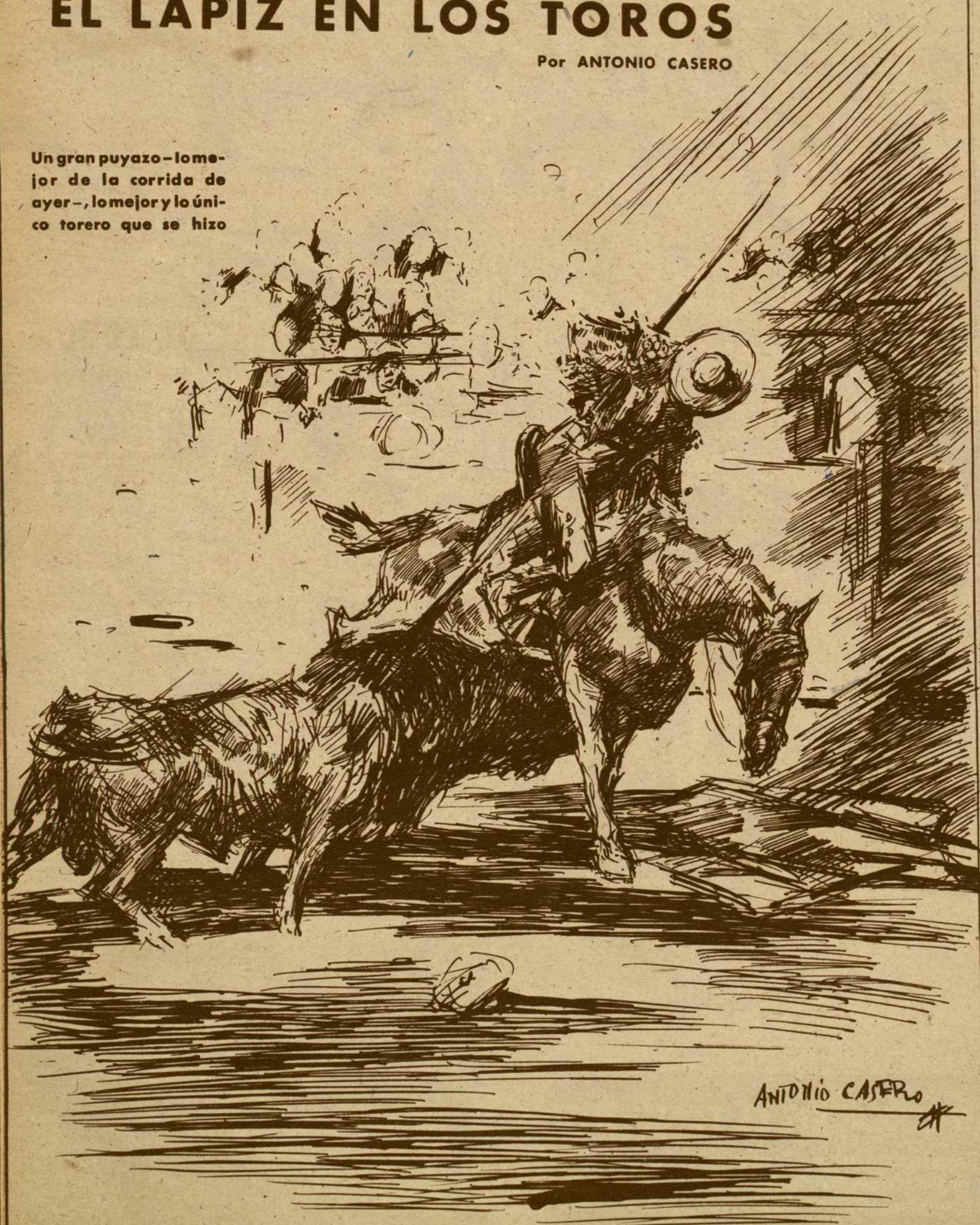
## ARRUZA, EN EL TENDIDO

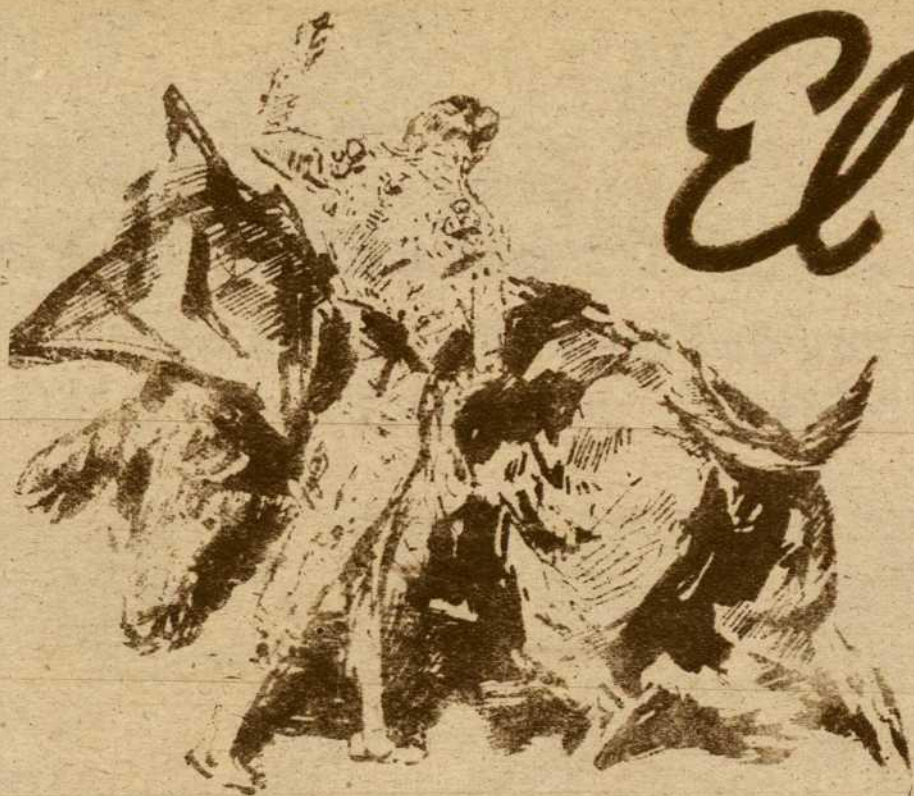
El popular diestro mejicano, convalciente de la cogida que sufrió en Sevilla, presencia desde el tendido 10 la corrida de toros del domingo en Madrid (Foto Baldomero)

# EL LAPIZ EN LOS TOROS

Por ANTONIO CASERO

Un gran puyazo—lome-  
jor de la corrida de  
ayer—, lomejor y lo úni-  
co torero que se hizo

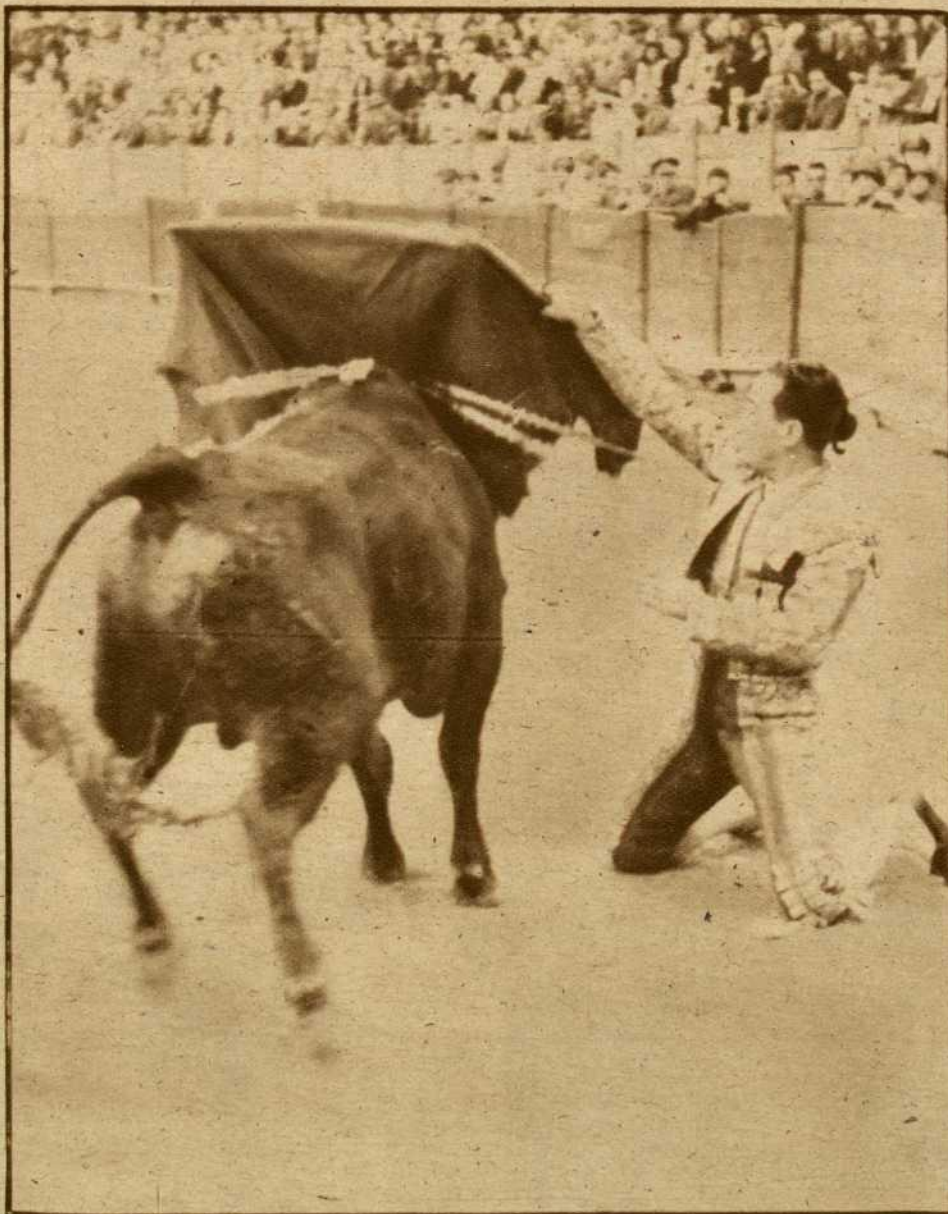




# El Ruedo

Suplemento taurino de MARCA

Año I -- Madrid, 18 de octubre de 1944 -- Núm. 17



DE LA CORRIDA DEL DOMINGO EN MURCIA.—El Niño del Barrio, en un buen pase con las dos rodillas en tierra a su primer toro, del que cortó la oreja (Foto López.)

## PREGON DE TOROS

Por JUAN LEON



RECIBI la noticia cuando acababa de entregar para EL RUEDO mi último "pregón", y estuve tentado de retirarlo para sustituirlo por éste; pero pensé a la vez que había tiempo para todo y que un tema como el que me brindaba la más rigurosa actualidad no se pasaba tan pronto, no se mustiaba en un lapso tan breve de tiempo como el de ocho días.

Resulta que los mejicanos — la Asociación de Toreros Mejicanos — nos han hechado un cable, mejor dicho, se lo han enviado al Sindicato Nacional del Espectáculo, mostrando su gratitud por la cordial acogida dispensada por la afición española a los diestros mejicanos y prometiéndose corresponder en la misma medida con los españoles.

Así sea.

Así sea, porque pronto embarcarán—esta noticia es posterior a la que estubo a punto de hacerme cambiar el último "pregón"—Pepe Luis Vázquez, Antonio Bienvenida, Gitanillo de Triana y Cagancho. Cuatro diestros con un total de corridas que apenas llega a componer la cifra que Arruza ha torreado en los ruedos españoles...

Ya sé que no faltará quien piense que Arruza vino aquí sin contratos y que luego se los ganó con sus éxitos; pero ninguno de nuestros diestros, por bien que esté, podrá igualarle, ya que el número de festejos que se celebran en aquellas tierras no da para tanto.

Aparte este detalle económico hay otro artístico, del que guardaré reserva hasta que me sea posible dar noticias que no sean de cable, porque los cables suelen ser de un optimismo...

Pasado mañana comienza la famosa feria del Pilar con cinco carteles, en los que sólo alternan seis matadores—¡qué modo de acaparar!—y cinco ganaderías, salmantinas todas. Por lo visto, ni había más diestros disponibles ni quedaban toros por las dehesas andaluzas.

Y con estas fiestas el cerrojazo oficial a la temporada, que por cierto se presta—la temporada—a muy variados comentarios, que haré, Dios mediante, con la mejor intención de no molestar a nadie.

El otoño madrileño, frío, muy frío, con un frío que repercutió en taquilla. Yo creo que la temporada, si es que no terminó con el saldo del domingo, terminará irremediadamente el día 12 con esa corrida tan completita, con rejoneador, gitano, confirmación de alternativa y rifa. ¡Cuánto aliciente! ¿Cómo pagar tantos desvelos a la Empresa de las Ventas?

Muy sencillo, lector: si conservas pura tu afición, ya puedes comprarte una alcancía y llenarla bien antes de que empiece la próxima temporada, para acudir, como en ésta, a todos los festejos que tan benéfica Empresa organice.

# La corrida del domingo en MADRID



**Cuatro toros de Gabriel González, uno de Escudero y uno de Sánchez Boyero para FELIX COLOMO, ARTURO ALVAREZ y ANGELETE**

## RESEÑA



F. Colomo

**P**RESIDE el señor Caruncho. Tarde nubosa y fría y un tercio de plaza. Toros de G. González para Colomo, A. Alvarez y Angelete.

*Primero.*—Negro y terciado. Cinco varas de Aldeano. Tres pares. Colomo trastea por bajo y de pitón a pitón. El toro es mansísimo y muere de un pinchazo y una tendida. (Ovación y saludo.)

*Segundo.*—Tardo y manso. Es fogueado tras dos puyas. Un par y dos medios.

Alvarez muletea a movido y oye un aviso, después

de cuatro pinchazos y seis descabellos. Acierta con la puntilla al hilo de las tablas. (Algunos pitos.)

*Tercero.*—Negro y muy chico. Angelete lancea. Es fogueado también. Un par y dos medios. Angelete muletea por bajo, valiente, y mete algún rodillazo por una voltereta. Media estocada y una entera tendida. (Palmas.)

*Cuarto.*—Al corral por cojo. Sale uno de Escudero. Colomo lancea movido. Cuatro varas de Aldeano Chico y quite de Angelete. (Palmas.) Dos pares y medio. Colomo brinda en el centro y muletea movido. Intenta el natural y, entre desarmes, sigue por bajo. Un pinchazo, estocada y cinco descabellos. (División.)

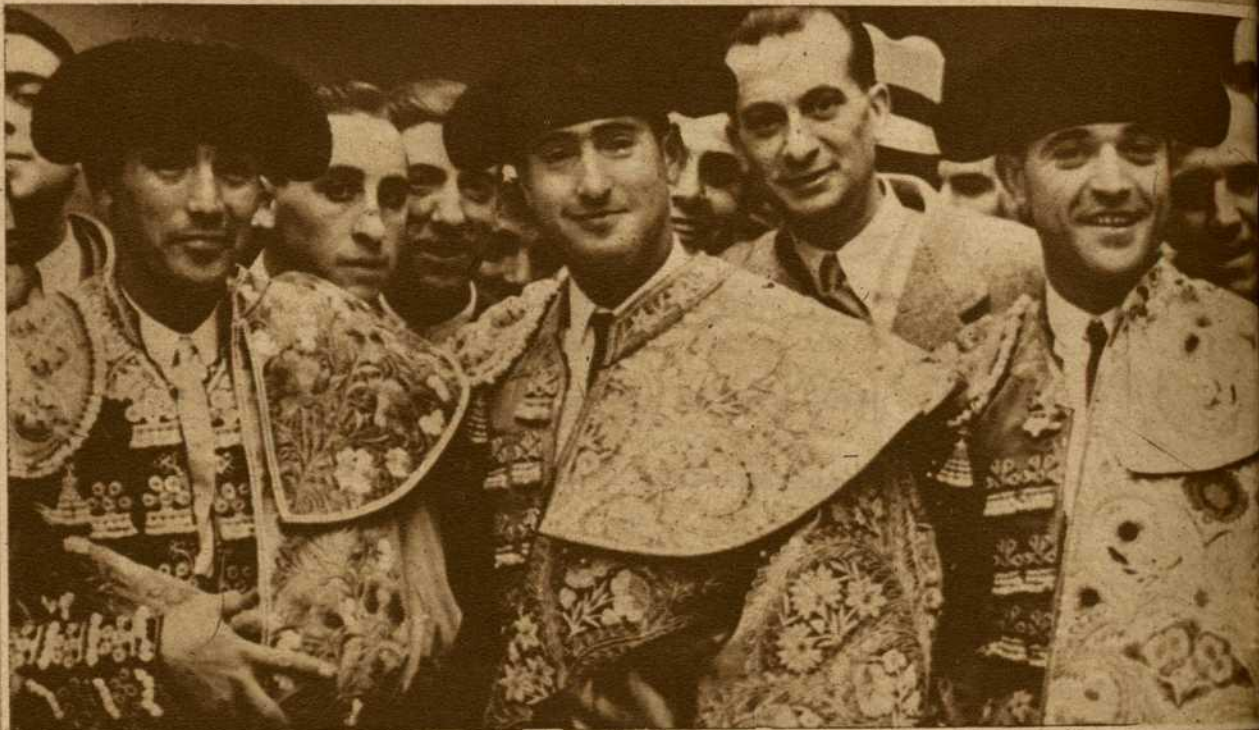
*Quinto.*—De García Boyero. Colorao y más gordo. Alvarez torea a la verónica y recorta dos veces. (Aplausos.) Cinco varas y quites de los matadores. Tres pares. Muletea por bajo, medroso y con precauciones, y mata de media y descabello. (Pitos.) Se aplaude al toro.

*Sexto.*—Es de noche casi y sale un berrendo en colorao. Manso. Tres varas. Dos pares y medio. Angelete muletea por bajo y mata de media perpendicular y un golletazo.

Peso de los toros: 502, 424, 453, 442, 459 y 460 kilos respectivamente.



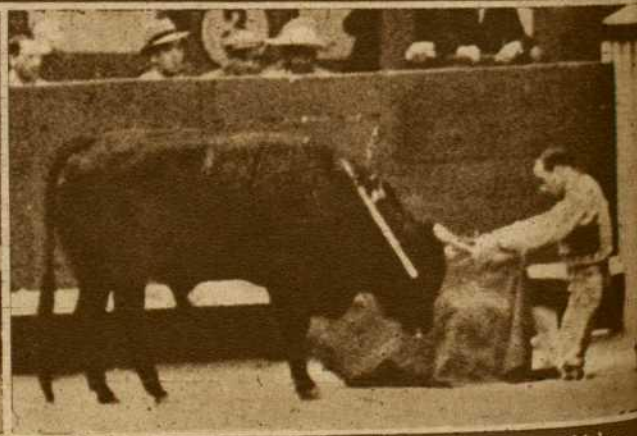
A. Alvarez



Los matadores Alvarez, Angelete y Colomo antes de hacer el paseo, rodeados de amigos y admiradores y llenos de esperanzas y optimismo



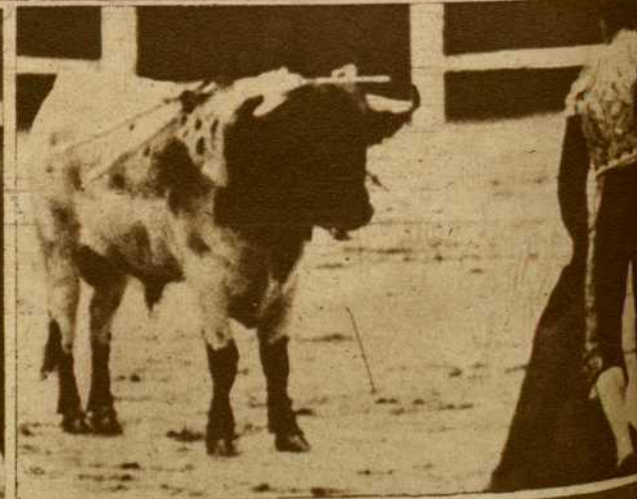
Angelete en un muletazo de rodillas a su primer mulo



El matador cacereño en la faena al tercer bicharraco



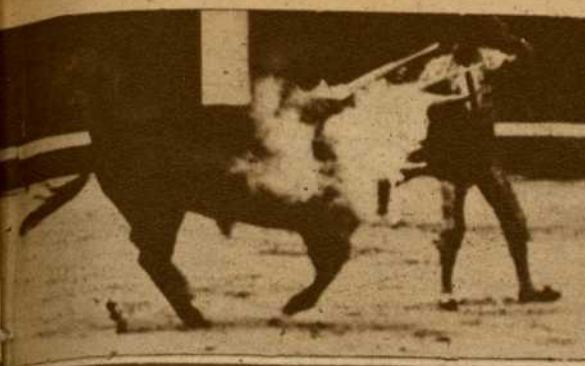
Félix Colomo trata de sujetar a uno de los bueyes que le tocaron en suerte. El diestro de Navalcarnero luchó con dos animaluchos mansos de verdad



El mejicano Arturo Alvarez perfilándose para entrar a matar a su primero, manso como todos los de González. Alvarez oyó un aviso en este toro



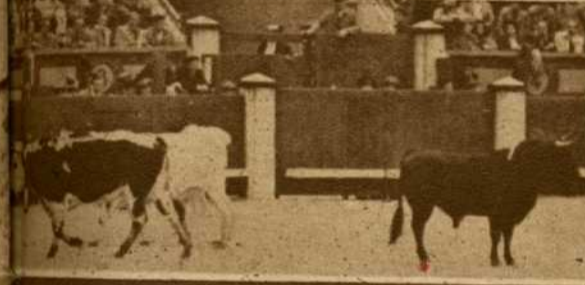
Angelete



Un par de banderillas con apuros y mucha pólvora. El toro nació para cabestro, pero...



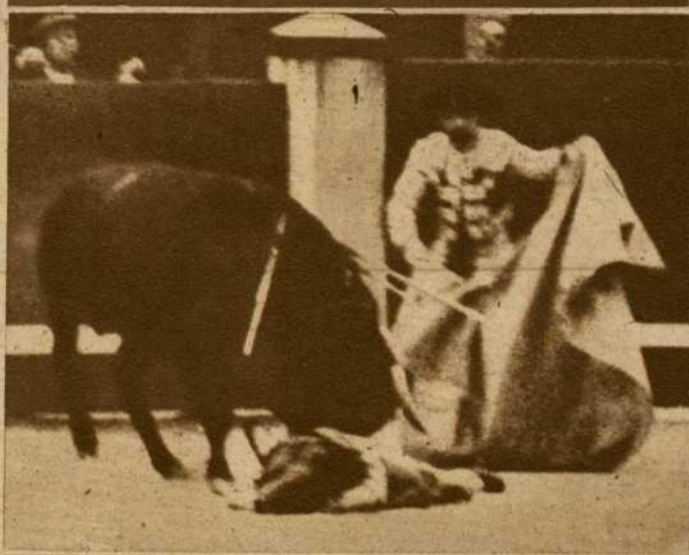
Un buey de los buenos; de los que hubieran hecho un gran servicio a cualquier agricultor



El tercero era manso y cojo, y el cuarto únicamente manso; pero como el tercero no fué retirado, en compensación, volvió a los corrales el cuarto, que es ese bicho papanatas que desprecia a los mansos porque a manso les gana él



Un muletazo de Arturo Alvarez al quinto, que fué el mejor de la corrida



Angelete fué cogido por el tercero. Entre que el toro no tenía casta—afortunadamente en este momento—y que Carrato estuvo muy oportuno en el quite, la cogida de Eugenio Fernández no tuvo consecuencias

### JUICIO CRITICO

## "Todas las ganaderías y todos los toreros"

Me acuso, en primer lugar, de precipitación. Parece ser que en la crónica correspondiente al festejo del domingo inicial de octubre se dijo algo así como que fué la peor corrida de la temporada. Nadie, naturalmente, puede profetizar el porvenir; pero si el porvenir depende en algún grado de algo que tenga relación con la Empresa de la Plaza de Toros de Madrid, hubo picado de prisa en decir que aquello fué lo peor, cuando hay fechas por delante, y como Don Juan, hombres son los empresarios que, a querer, dejarán muy atrás todos los límites. Claro está que en la sola dirección de lo malo y de lo cochambroso. Pues bien, amigos: la marca de otro domingo fué amplia y generosamente batida en el último.

Las reses de don Gabriel González sólo en un sentido puede decirse que cumplieron su objetivo en la arena: el de demostrar que en los prados españoles existen toros aun peores que aquellos calamitosos del "¡Mourra, no!". Más chicos, desbarajustados hasta la pesadilla en lánimas y capas y sólo unidos por el nexo común de la mansedumbre más arrabada. Ni siquiera bueyes, porque ni tipo tenían. Cuatro lidiados, dos con pares de fuego; otros salvados de él por pura conmiseración presidencial, uno cojo, otro retirado. ¡Cómo serían, que hicieron casi buenos al de Escudero, que era uno de los clásicos sobrereros, y al de García Boyero, que parció de bandera sólo por ser mansurrón! Lo suficiente para que la divina ganadera no se vea más en Madrid. Más aún: para que ni al mismo ganadero se le deje entrar en la Plaza en muchos años. Nos imagináramos con gozo un futuro diálogo taquillero:

—Dos tendidos de sombra.  
—¿Es usted don Gabriel González, el ganadero del 3 de octubre de 1944?  
—Sí, señor.  
—Pues no quedan para usted.  
Y declinamos que lo imagináramos con gozo, porque quizá no fuese la misma Empresa. Porque esto de las de-

claraciones de comienzos de temporada—"todas las ganaderías y todos los toreros" es su mote—a lo mejor ha comprado la camada del año que viene. Cosas pocas hace y hará, si Dios no lo remedia.

Sobre ese lote indécoro, la de "todas las ganaderías, etc.", compuso un cartel torero sin alicientes, para llevar a la Plaza, como final de la careada "segunda temporada", si no a los empleados, "la música y acá", que vienen a ser los toreros, y hasta la mitad del tufus habitual, que no prefiere quedarse en casa. Y a la triste cohorte que vemos por obligación, nunca tan pesada como en el domingo de infausta memoria, los toreros estuvieron mal, como no podía ser por menos. Más voluntariosos los españoles que el mejicano Alvarez, medrosísimo y desconcertado, hasta el punto de aviso en el segundo, Colomo, el veterano reaparecido y fuera de sitio, trató de no defraudar a los contumaces admiradores, que lo animaron increíblemente de salida, y Angelete salió del paso como pudo y demostró sus posibilidades—no hacer falta muchas—sobre sus compañeros.

Amigos míos, esto se acaba, tan mal o peor como se había supuesto. Arrastrado el último toro, comencemos a hablar de ello. ¿Usted se me dejan que me vaya a Zaragoza a ver cinco carteles que aquí no se verán nunca". Alguna compensación, junto a la de estar lejos de este desastroso final de temporada en Madrid, me cabe por lo mucho que he tenido que tragar en su curso. En la posibilidad de dejar el camino de las Ventas por meses, y como resumen anticipado, sólo añadiré que entre la Empresa y la afición de Madrid hay un combate de boxeo. Ya es hora de pedir un árbitro que corte las marrullerías, el juego no limpio de aquella. Que la descalifique, en una palabra. A lo mejor, aun se quejan de que han perdido dinero, cuando es lógico que tal suceda. Y aun es también, si ocurre, la única satisfacción que resta al aficionado de la temporada que empezó bajo el signo "todas las ganaderías y todos los toreros".

EL CACHETERO

# BANDERILLAS DE FUEGO

Por ALFREDO MARQUERIE



Félix Colomo charía animadamente con unos amigos

Frío y luz triste, calle de Alcalá arriba... En lugar de ir a los toros parece que vamos a un entierro... Y como además ¡es el mismo itinerario!...

Hay tan poca gente y se ve tanto la piedra gris de los tendidos, que en la Plaza parece que se va a celebrar una beca-

Cuando no hay sol, y el coso no está "bien formado de público", la fiesta es poco menos que imposible.

"A la próxima nos traeremos un braserito", dice un espectador con el cuello del abrigo subido y frotándose las manos, no de gusto precisamente.

"A la próxima le regalan a usted un caballo"—contesta alguien del público. Y el espectador, decepcionado, replica: "¡Ni aunque me regalaran las cuadradas del Duque!"



Arturo Alvarez con un entusiasta de su arte

Angelete se pone de rodillas. ¿Para pedir perdón por la mansedumbre del toro? Así debe ser, porque el toro se enoja y a poco lo mata. ¡Vaya susto el que nos dió!

La revolera de Alvarez pone un poco de alegría verbenera en el triste festejo; alegría de tobogán de tela, de oleaje de percalina, de juego de cintas circense.

Cuando en el momento de caer el toro suena el aviso piensa el espada: "Por qué no se habrán distraído un segundo el timbalero y el clarinero?" ¡Qué mala suerte!

Colomo pasa la tarde porfiando y amagando; pero con bueyes, ¡es tan difícil dar!

Se hace de noche y vemos, entre sombras, todo lo que tienen los toros de inspiración goyesca y de terrible agua-fuerte.



Angelete sonríe confiado momentos antes de la corrida

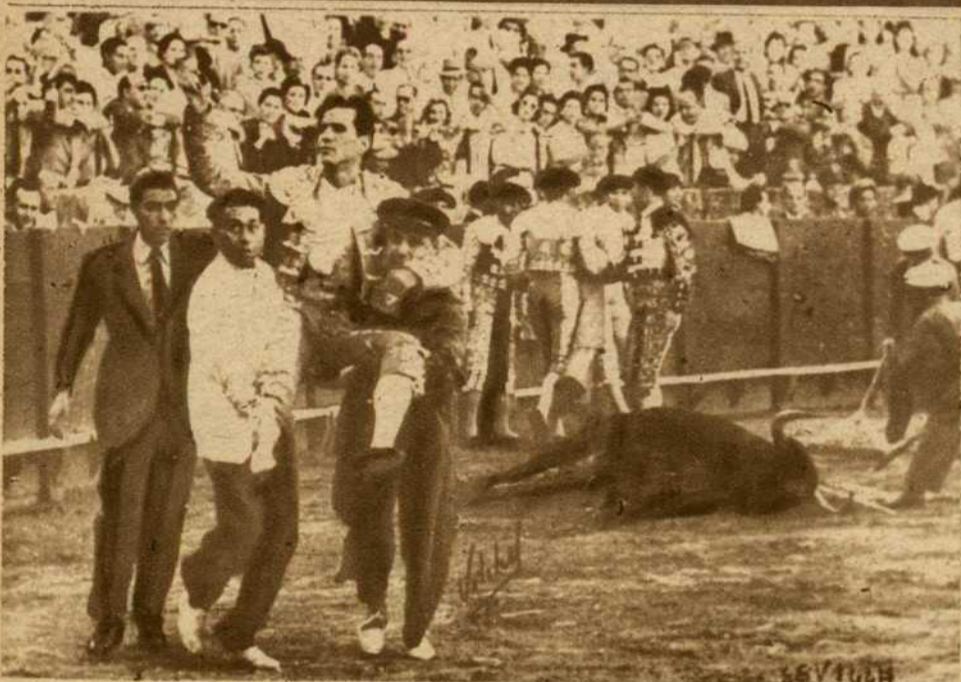
En esta atmósfera silenciosa, el bramido de la fiera se vuelve dramático y acongojador, y los caballos de los picadores son, de veras, los caballos de los jinetes apocalípticos. La sangre del toro parece tinta... Nos ponemos trágicos y ¡lúgubres. ¡Huy, qué frío!... ¡Vamos, vámonos a casa!

ASI TERMINÓ SU TEMPORADA EN ESPAÑA EL FAMOSO DIESTRO MEJICANO

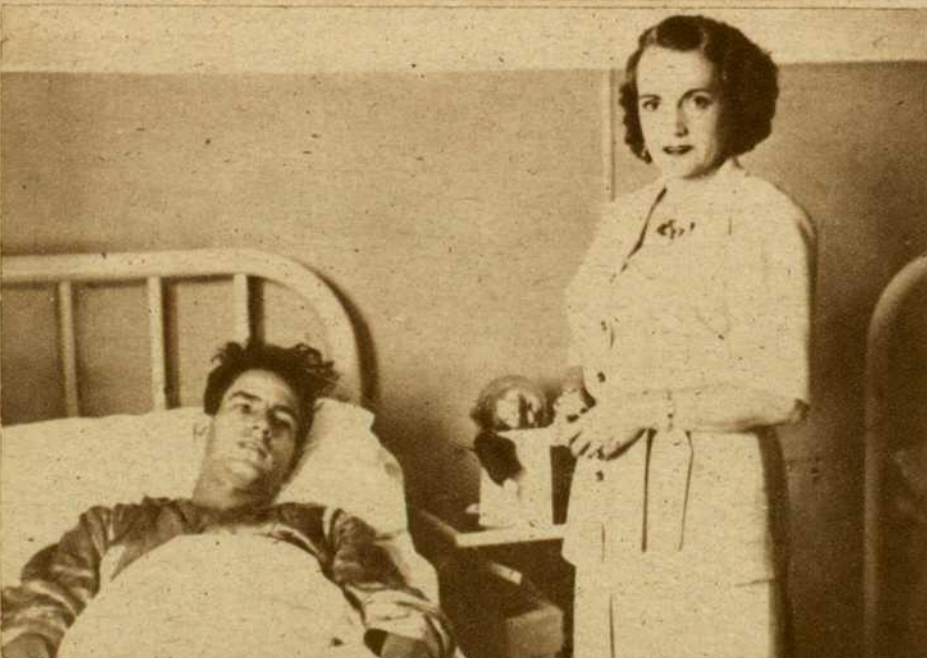
# CARLOS ARRUZA



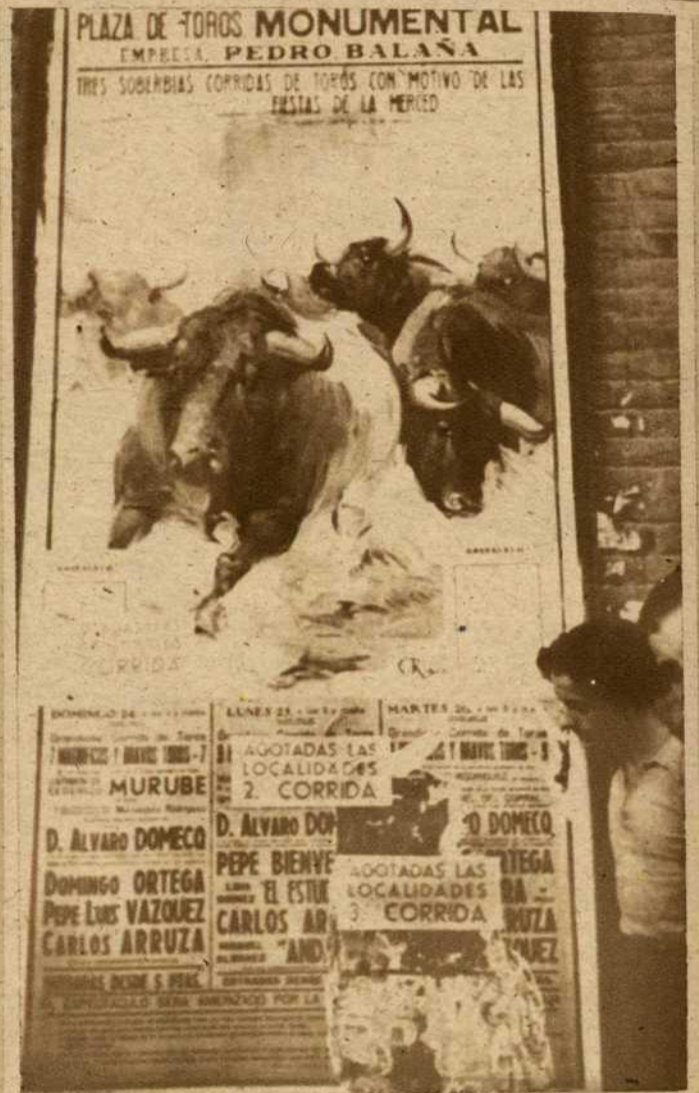
El público devolviendo las entradas al saber que no podía actuar Arruza



Arruza conducido a la enfermería después de matar al toro que le hirió y del que cortó las orejas



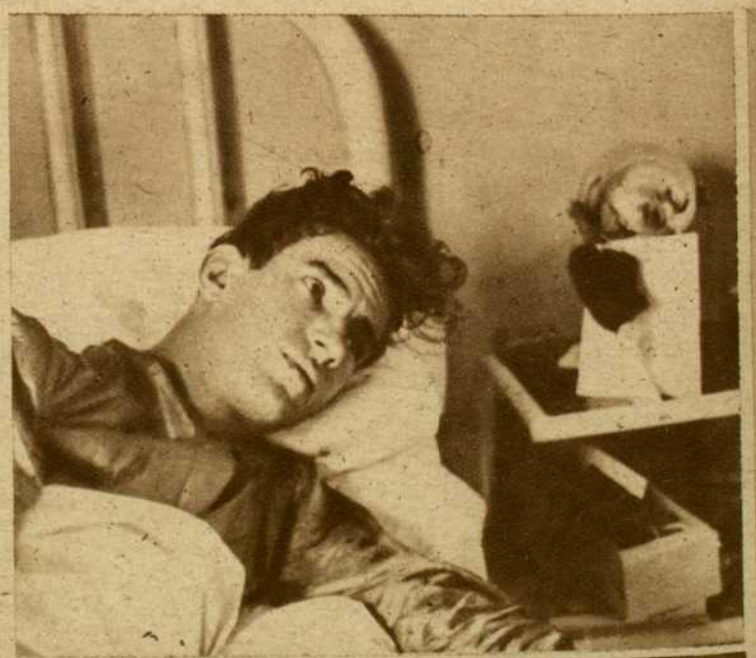
Clínica Nuestra Sra. de los Reyes. Le acompaña su madre, que no se separa un momento de su lado



Breve, pero colmada de triunfos apoteósicos, ha sido la temporada triunfal de este fenómeno mejicano, que agotó el papel en todas sus inolvidables actuaciones.

Barcelona, Madrid, Córdoba, Sevilla y otras ciudades de España han sido testigos de sus ruidosos éxitos, y presenciaron con asombro y emoción indescriptible las formidables hazañas de ARRUZA, que han revolucionado las reglas clásicas del toreo.

En Sevilla, después de cortar las orejas de su enemigo, ingresó en la enfermería, entregando así a la afición española la ofrenda generosa de su sangre.



El diestro mejicano, desde su lecho, contempla la oreja que cortó con tanta gallardía



# El Ruedo



ANTONIO CASERO

## FERMIN RIVERA, MANOLETE y NIÑO del BARRIO

### cortaron orejas en Murcia

Se celebró la corrida a beneficio de las obras de restauración del Santuario de la Patrona



F. Rivera



Manolete

MURCIA 8 (Mencheta).—Se celebró la corrida a beneficio de las obras de restauración del Santuario de la Patrona de Murcia. Lleno completo. Asistió el gobernador civil y jefe provincial del Movimiento. Preside el comisario jefe de Policía, señor Caballero, asesorado por Pachines.

Se lidiaron seis toros de Arturo Sánchez, de Salamanca, que dieron regular pelea. Sólo los dos primeros cumplieron bien. Alternan Fermín Rivera, Manolete y Niño del Barrio.

Los cuadrillos son ovacionados, y Rivera hace el poseillo montera en mano.

Primero.—Rivera le saluda con cuatro verónicas y media muy ceñidas. (Oles y aplausos). Tres varas y los matadores son ovacionados en quites. El mejicano coloca dos pares al cambio y uno de poder a poder, que le vale ovaciones. Brinda al público y comienza la faena con tres por alto, buenos, cambiados, derechazos y en redondo. (Ovación y música). Más por alto y cambia la muleta por la espalda. Continúa con rodillazos, molinetes y desfilantes, una de las veces vuelto al toro de espaldas, con ambas rodillas en tierra. Mata de media buena, que basta. (Ovación, oreja, vuelta y saludos. El toro es ovacionado en el arrastre.)

Segundo.—Manolete le da seis verónicas y media superiores, que se ovacionan. Al remate de dos verónicas más, sale agachado de puro apretarse. Cae a tierra y Niño del Barrio acude rápido al quite. Se ovaciona al murciano y al cordobés, que sale feroz del percamote. Tres varas, destacando un quite de Rivera por faroles. Tres pares. Manolete brinda al público, iniciando la faena con tres estatuas de los suyos. (Oles y ovaciones). Derechazos y cambiados y sigue con cuatro naturales inmensos. (Ovación y música). Continúa entre los cuernos en una faena llena de maestría, que entusiasma al público. Media estocada, que hace rodar al toro. (Ovación imponente, dos orejas, vuelta y saludos.)

Tercero.—De salida Niño del Barrio

le da una larga afrotada las dos rodillas en tierra. El toro es difícil y sale suelto de los jacos. Tres varas y dos refilonazos. Niño del Barrio es jaleado en unas verónicas muy apretadas. Dos pares y medio. El murciano brinda al gobernador civil y comienza con dos poses escalofrantes, ambas rodillas en tierra. (Ovación y música). Sigue con naturales, molinetes y cuatro manoleteos. Cita a recibir y deja un pinchazo. Vuelve a entrar y consigue una entera, descabellando. (Ovación, dos orejas, vuelta al ruedo y saludos.)

Los tres espadas salen al tercio, siendo ovacionados.

Cuarto.—El toro huye de los capotes y Rivera no consigue lucirse. Tres varas. Se ovaciona un quite de Manolete por verónicas. Dos pares y medio. El mejicano encuentra al toro mansurrón, colándose mucho. Faena al hilo de las tablas, para un pinchazo que escape y media buena. (Muchos palmas al torero y pitos al toro.)

Quinto.—También sale mansurrón y huye de los capotes. Manolete consi-

que fíjalo con cinco verónicas muy ceñidas. (Ovación). Tres marronzos y tres varas muy buenas de Borajas, que oye muchas palmas. Tres pares. El cordobés trastea por bajo, inteligente y dominador, haciéndose con el toro. Continúa con derechazos, redondos y por alto. (Oles y música). Más por alto, cuatro manoleteos imponentes y derechazos mirando al público. Una estocada superior y descabe-lla. (Ovación grande, petición de oreja y saludos desde el centro del ruedo.)

Sexto.—Manso como el anterior. Niño del Barrio le da seis verónicas y media pagado a los tablas. Tres varas y un refilonazo. Son ovacionados Niño del Barrio y Rivera en sus quites. Tres pares. El murciano brinda a Manolete. Inicia la faena con poses por bajo y en redondo, ayudadas y por alto. (Oles y ovaciones.) Naturales y dos molinetes. Un pinchazo y media estocada buena que mata. (Gran ovación y saludos.)

Pesos de los toros, en crna: 243, 241, 240, 240, 244 y 246 kilos, respectivamente.

## DESPUES DE LA CORRIDA DEL DOMINGO EN MADRID

### HABLAN LOS TOREROS

COLOMO

En la habitación que momentáneamente ocupaba el diestro de Navalcarnero se hallaban varios familiares, el apoderado, Ramón Garachaga y algunos amigos. Unos niños — sobrinos del torero — jugueteaban por el aposento, ajenos a las conversaciones de los mayores.

Tras una cariñosa presentación hecha por Garachaga, Félix expresó sus lamentaciones en los términos siguientes:

—Salí al ruedo dispuesto a que, por mi parte, salieran los aficionados de la Plaza complacidos de mi reaparición. Al ver que, pese al tiempo transcurrido, aun había espectadores que se acordaban de mis anteriores actuaciones en el mismo lugar, sentí avivarse mis buenos deseos.

Salí el primero, y resultó un manso, probón y con fuerza. El bicho menos propicio para quien, como yo, todavía no he podido centrarme y recuperar el sitio perdido. Mis vacilaciones fueron derivadas precisamente de este inconveniente.

En cuanto al segundo, alto de agujas y con la cara por las nubes, porfié varias veces en torrearlo al natural por el deseo de hacer el torero y de agradar. ¿Hubiera sido mejor doblarme con él por bajo, como luego hice? Yo estimo que el curso — como más tarde se vió — habría resultado ineficaz por la marcada tendencia de la res al agotamiento.

Pero, ante todo, suplico a usted no olvide decir que ahora más que nunca ansío volver a pisar el ruedo de la Monumental, para cancelar, ante un toro que embista, la deuda de gratitud contraída con este bendito público madrileño.

ALVAREZ

El mejicano reposaba en una habitación del mismo hotel en que Colomo salió para ir a la Plaza. Entre los acompañantes de Arturo columbré al ya establecido novillero Machaquito, animoso y dispuesto a volver a

enfrentarse con nuevos peligros.

Arturo Alvarez, a dúo con su apoderado, fué diciéndonos que, ante la mansedumbre de sus dos enemigos, se estrellaron los buenos propósitos. Pero dejémosles que hablen por sí mismos:

—En cuanto al quinto de la tarde, es posible que si lo hubieran picado más, aun sin hacer grandes cosas, se pudiera haber estado más confiado. El bicho, a partir de los lances iniciales, fué a defenderse, y este defecto hay que achacarlo a la precipitación de la presidencia y a la poca suerte del picador.

Alvarez, después de torear en Lisboa, se embarcará a mediados de este mes para su país, en unión de Arruza y de El Soldado.

ANGELETE

Mientras el diestro de Extremadura permanecía en el cuarto de aso, su tío y representante no pudo ocultar la gran pesadumbre que le abrumaba. Mala suerte la de Eugenio Fernández cuantas veces se viste de torero en Madrid. Cuando no hace un viento huracanado, se desatan las cataratas celestes. O bien, como

en el caso de hoy, tiene que pechar con dos mansos más propios del matadero que para ser lidiados en una Plaza de Toros.

En ambos Angelete provocó varias veces la arrancada, y dos veces resultó seriamente achuchado. Y por cuarta vez tuvo que regresar a su domicilio con la incontentible desesperación de no haber torreado a gusto.

Angelete

F. MENDO

## Reaparición de RUIZ TOLEDO

### Con PEPE BIEVENIDA

## cortó orejas en CUENCA



P. Bienvenida

CUENCA 8 (Mencheta).—Se lidiaron cinco toros, dos de Jiménez Garrido y tres de Flores Tassara, para Domecq, Pepe Bienvenida y Amador Ruiz Toledo. Presidente, el señor Castellanos. Tarde fría y amenazando lluvia. Media entrada al sol y muy poca en la sombra.

PRIMERO.—Negro braqueo, chico y pequeño, de Jiménez. Domecq intenta hacerle entrar, y con mucho trabajo clava tres rejones. Cambio de montura y clava tres pares de rejones magníficos. Tres rejones de muerte que aguanta el bicho. El sobresaliente Julián Ruiz, que da dos montazos y sale volteado y se retira. Domecq coge los trastos y tras poses de preparación da un pinchazo y una entera ladeada. (Muchas palmas, petición de oreja y saludos. Pitos al toro.)

SEGUNDO.—Negro braqueo, de Jiménez, con más peso. Amador Ruiz Toledo le saluda con verónicas que se aplauden. Tres picotazos. Los peces clavan tres pares. Ruiz Toledo recibe los arjes de manos de Bienvenida y da poses por alto con poca suerte, pues el toro es reservado. Dos mantazos y pincha en hueso. Más poses y una ladeada que basta. (Palmas, oreja, vuelta y salida a los medios. Pitos al toro en el arrastre.)

TERCERO.—De Tassara, negro. Bienvenida le saluda con verónicas de gracia trera. (Palmas.) Dos picotazos. Pepe se luce en quites y Toledo se corona. (Palmas a ambos.) Bienvenida pone tres magníficos pares al cambio. Hace luego una maravillosa faena, sobresaliendo unos poses por alto, naturales, en redondo y afrotados. Una entera y descabele. (Ovación, oreja, vuelta y salida a los medios entre grandes aplausos.)

CUARTO.—Negro y de Tassara. Pepe da buenos capotazos. Recibe las varas reglamentarias. Dos pares y medio de banderillas. Bienvenida hace faena de alfo por tratarse de un manso. Un pinchazo, media en lo alto y descabele. (Palmas al diestro y pitos al toro.)

QUINTO.—De Tassara y negro. Ruiz Toledo le da capotazos con gracia y temple. (Palmas). Los diestros se adornan en quites. Tres pares. Toledo hace buena faena por alto, en redondo y sufre un desarme y es volteado dos veces sin consecuencia. Muy nervioso suelta unos mantazos y se deshace de su enemigo tras dos pinchazos y una pescuecera. (Palmas.)

El peso en canal de las reses lidiadas en la tarde de hoy es: 158, 178, 182, 190 y 180 kilos, respectivamente. El primero de rejones y los otros cuatro de lidia ordinaria.

A. Domecq

## Novillada en Caravaca



El Yoni

CARAVACA (Murcia) 8 (Mencheta). Novillada de feria. Ganado de Juan Salas, de Jaén, manso y difícil.

Yoni, valiente en su lote, oyendo palmas.

Niño de Caravaca, bien en su primero y superior en el segundo, del que cortó oreja.

Pedrin Moreno triunfó en sus dos novillos toreando de capa y muleta. Mató de media estocada a su primero y una entera al sexto. Cortó orejas y salió en hombros.

El promedio de los novillos, en canal, fué de 140 kilos.

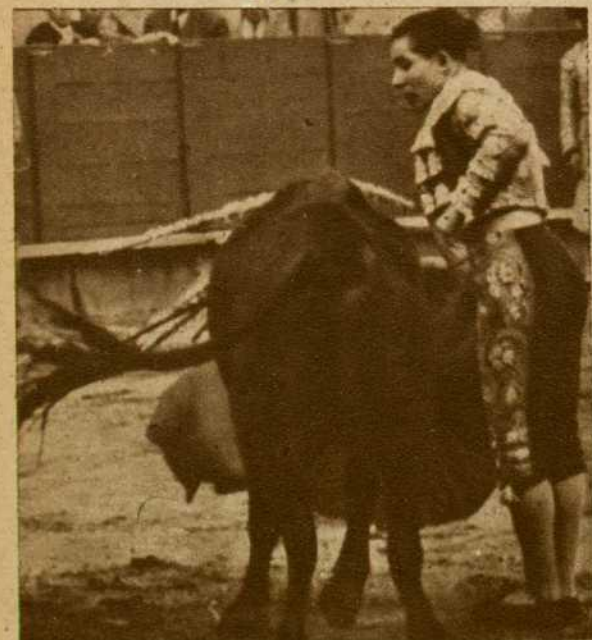
# CARTEL DE BARCELONA



Llorente toreando al natural a su primer toro



Alvarez Pelayo, en un pase en redondo con la derecha



Redondo muleteando con la derecha a su segundo novillo



Un pase con la derecha de Alvarez Pelayo en la novillada del domingo en Barcelona

## RESEÑA

Barcelona, 8. (De nuestro corresponsal Subirán.)  
**Primero.**—*Andasolo*, negro, talludito, bien puesto, de Samuel hermanos. Cuatro varas saliéndose suelto y con mal estilo, sin dar lugar a quites.

Tres pares de castigo, y Llorente se encuentra con un bicho incierto. A fuerza de voluntad saca unos buenos derechazos y pases en redondo. Pinchazo sin soltar, media caída y dobla después de varios intentos y descabello.

El poco acierto con el acero impone el silencio.

**Segundo.**—*Mantahombro*, negro, grande y abierto de cuna, con la divisa de Valverde. Sale frenando en la embestida; pero en las cinco varas que toma va a más y los matadores se lucen en quites.

Alvarez Pelayo no aprovecha la bondad del toro y lo pasa de muleta bailoteando y sin aguantar poco ni mucho. Abreviando, una entera caída, una delanterilla sin nuevo trasteo, intento de descabello y dobla.

Aplausos al toro y pitos para el matador.

**Tercero.**—*Preciosito*, entrepelao, de Santa Coloma, sacudido de carnes y alto de púas. Redondo lo fija con buenas verónicas, y en el quite de la única vara se aprieta, cambiando el tercio por haberle metido el palo.

Brinda al público Redondo y se muestra valiente con la flámula. A los sonos de la charanga, buenos derechazos, molinetes y manoleínas. Una gran estocada que basta.

Ovación, oreja y vuelta.

**Cuarto.**—*Tormento*, negro, grande y gordo, de Pablo Llorente; un toro de verdad. Cuatro varas con poder y recargando, pero de poco castigo.

Con la cabeza por las nubes, pasa a poder de Llorente, que lo torea con ganas de agradar, con variedad en el muleteo; pero sin ligar, pues el bicho tiene mucho nervio y casta. Suena la música y la faena se prolonga con afarelados, manoleínas y naturales.

Una casi entera delanterilla, y hay oreja, ovación y vuelta al ruedo.

**Quinto.**—*Conductor*, negro, precioso de tipo y toro hecho. Es de Conradi. Alvarez Pelayo lo

fija a la verónica con lucimiento. Cinco varas, dos de ellas en los bajos; malos tercios de quites.

Brinda Alvarez Pelayo al público y muletea valiente metido en los pitones, a base de molinetes y por alto. Un pinchazo en buen sitio, otro que descorda al toro y se le aplauden los buenos deseos.

**Sexto.**—*Pies de plata*, un superviviente de la feria de La Merced, entrepelao, grande, sacudido de cuerna y con mucha leña. Lleva la divisa de Saltillo.

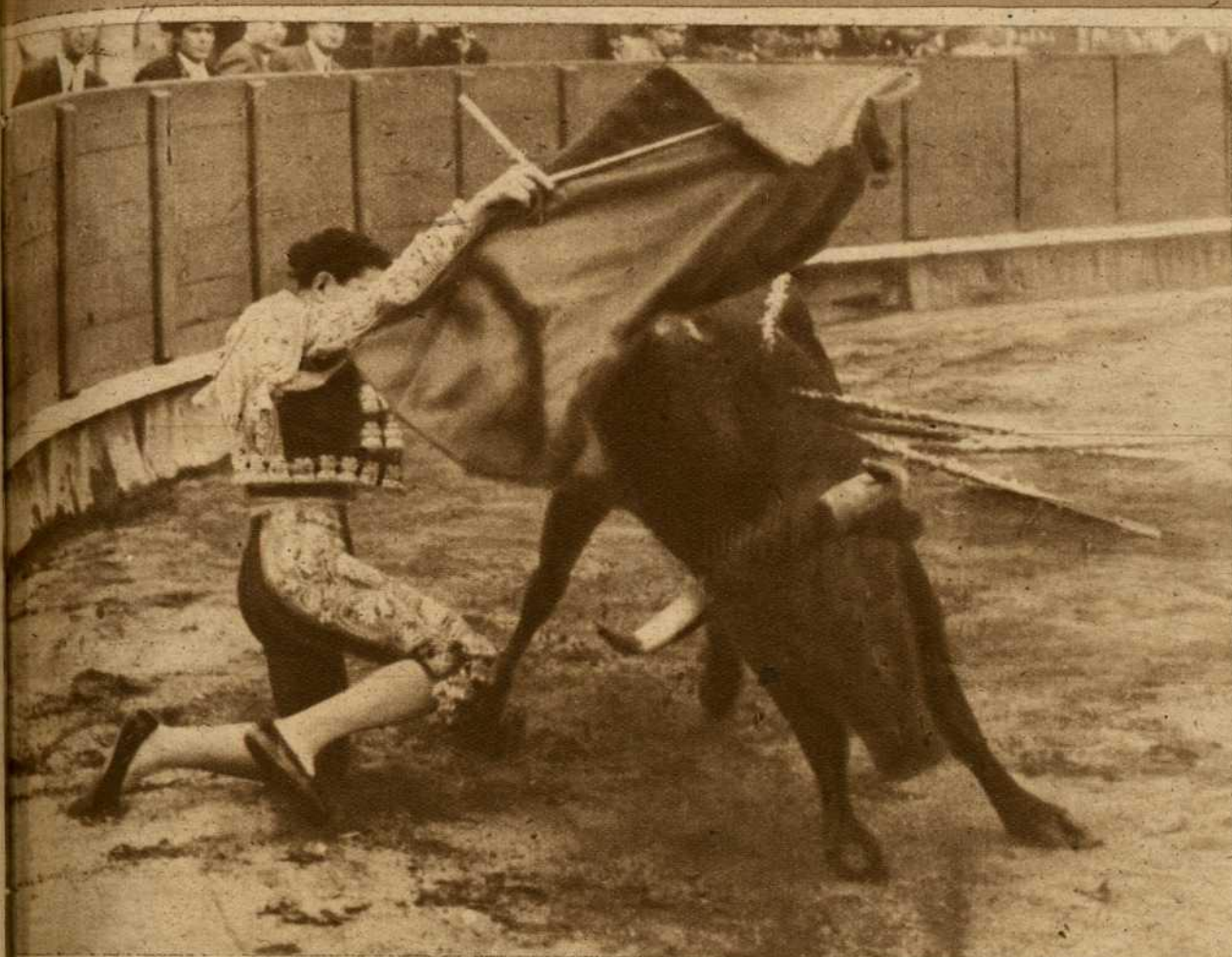
Buenas verónicas de Redondo y quites del mismo en la única vara, pues es blando de manos y cae al recargar.

Brinda al público Redondo y no puede hacer nada con el paño. Tira a deshacerse del bicho, y lo logra con un estoconazo.



Alvarez Pelayo, Redondo y Llorente antes de hacer el paseillo

# Seis novillos para Rafael Llorente, Alvarez Pelayo y Redondo



Un pase por alto, rodillas en tierra y encerrado en tablas, de Redondo, en la novillada de Barcelona

## JUICIO CRITICO

El cartel otoñal era como para olerse la tostada, y el respetable así lo dió a entender con su escasa asistencia, pues Las Arenas registró su peor entrada de la temporada.

Y, sin embargo, todos salimos satisfechos, porque en aquella ensalada de divisas vimos toros de peso y casta que no se habían lidiado en festejos de más alcurnia. Los noveles, por su parte, se comportaron bien y despacharon a los seis buenos mozos en hora y media justa, con patente decoro y no poco lucimiento, pues de la terna

sólo desentonó parcialmente Alvarez Pelayo.

Los últimos serán los primeros. Redondo tuvo una tarde completa y fué el triunfador, derrochando la valentía y acusando detalles de torero enterado y placeado. Mató muy bien, a espada por toro, y en ambos tuvo que dar la vuelta al anillo para saludar, cortando la oreja en su primero, al que pudo hacerle faena.

Llorente ratificó plenamente la inmejorable impresión causada el día de su presentación en este ruedo.

Y ello es francamente plausible por haber cargado con el peor lote. El que abrió plaza fué el único que hizo cosas de manso, y su segundo llegó a la muerte desparramado, sin que ello fuera obstáculo para que el matador eludiera y terminara cortando la oreja. Aquí tenemos a un gran novillero puntero para la próxima temporada.

No nos convenció Alvarez Pelayo. Le tocó el mejor toro de la tarde y no lo supo aprovechar, pues lo despachó con bailoteo e injustificadas prisas. Tapóse en su segundo y arrancó ya algunas palmas; pero, a nuestro juicio, esto fué hartó insuficiente, y la impresión que nos dejó fué la de estar bastante verde.

La primera novillada de la serie otoñal, que indefectiblemente es la liquidación de existencia de los corrales, no ha podido resultar mejor.

El peso, en canal, de los novillos fué el siguiente: 180, 245, 184, 245, 219 y 271.



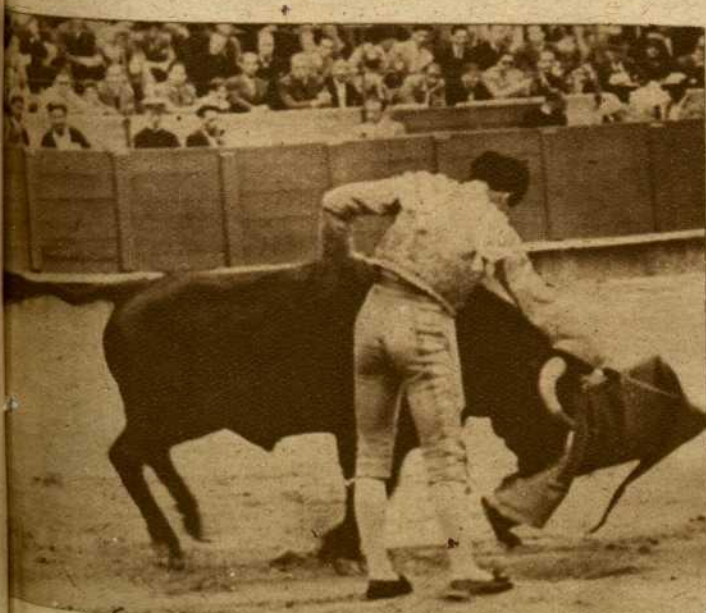
Llorente toreando de muleta al primero de la tarde



José Luis Alvarez Pelayo iniciando un molinete



Un pase de muleta de Redondo a su último toro (Fotos Valls.)



Un buen muletazo de Llorente con la derecha a su segundo novillo

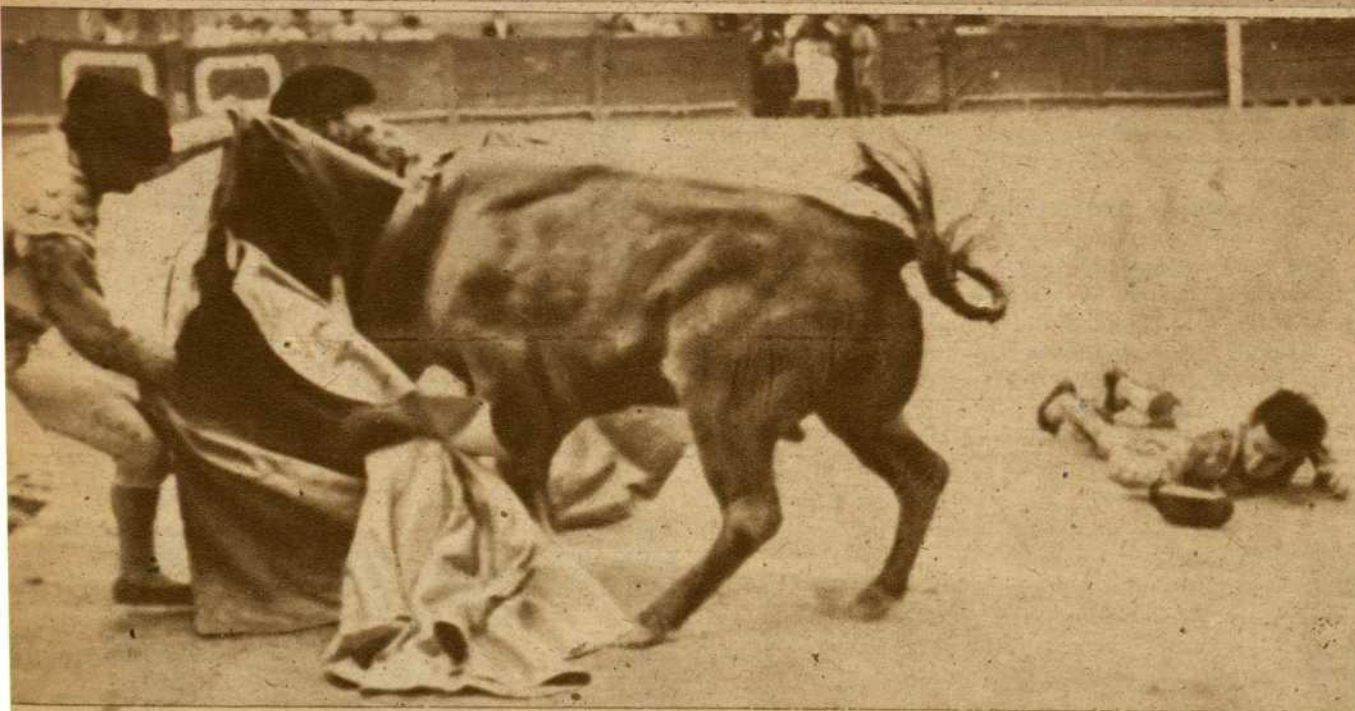


Manolete, Fermín Rivera y Niño del Barrio, preparados para hacer el paseillo

**CARTEL DE MURCIA**  
 SEIS TOROS DE COBALEDA para  
**Fermín Rivera, Manolete y Niño del Barrio**



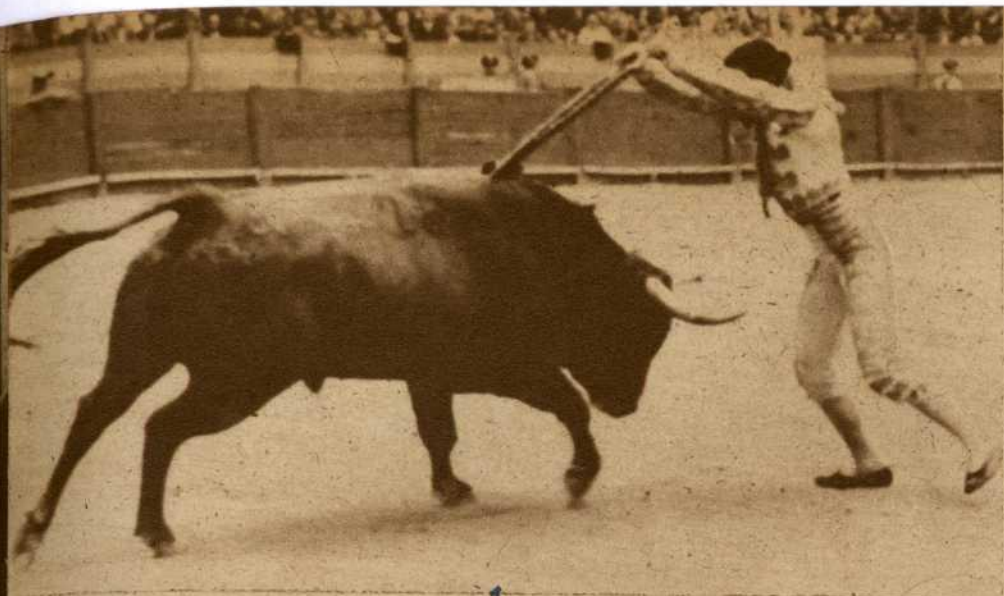
Manolete, dando la vuelta al ruedo con el ramo de flores que le fué arrojado desde un tendido



Momento de ser volteado Manolete. Todos los compañeros al quite.— Abajo, el mejicano Rivera, en un adorno a su primer toro, del que cortó la oreja



El Niño del Barrio saluda desde el tercio y muestra la oreja cortada a su primer toro



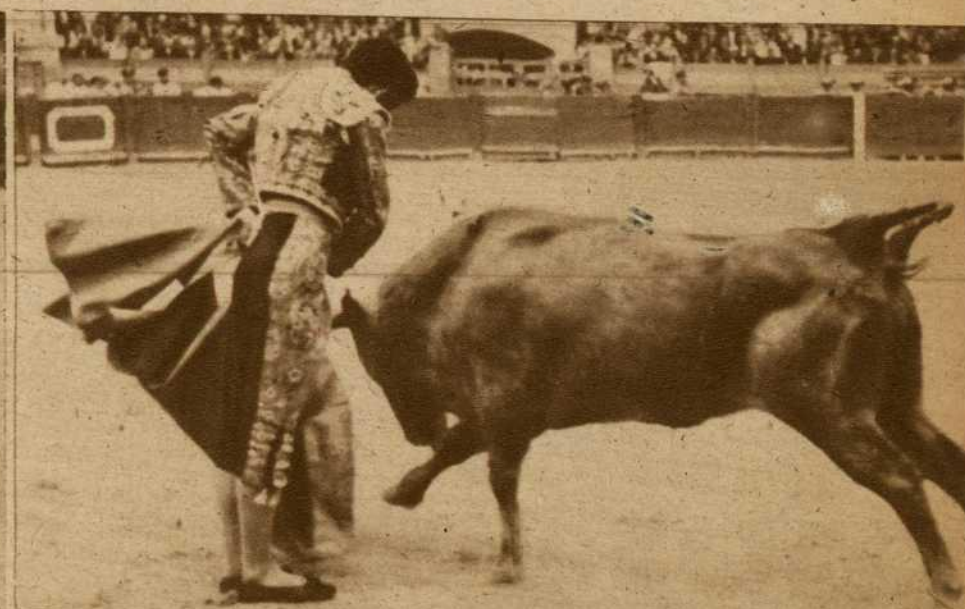
Un buen par de banderillas de Fermín Rivera en la corrida del domingo en Murcia



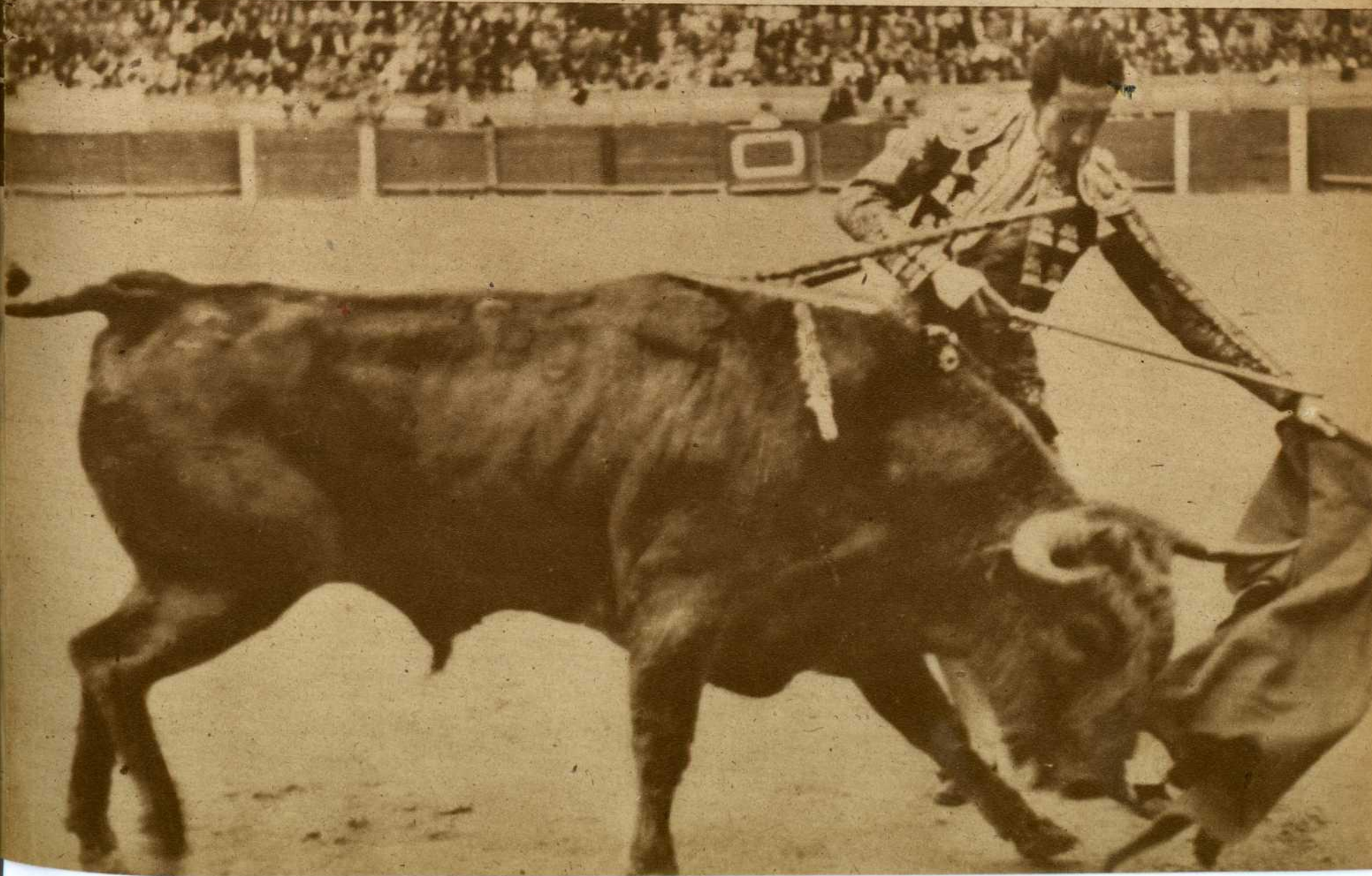
El diestro mejicano citando para torear al natural con la derecha (Fotos López.)

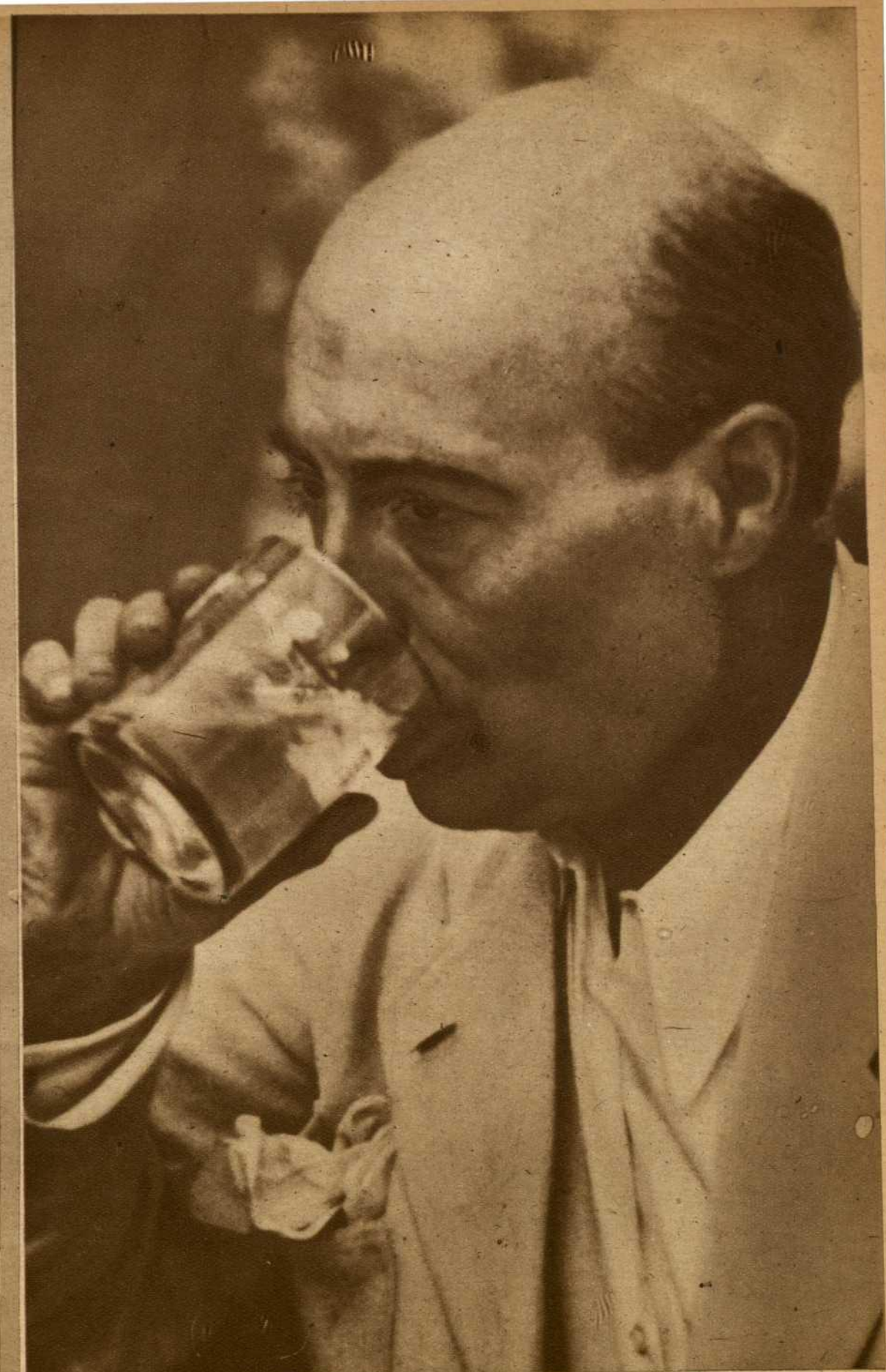
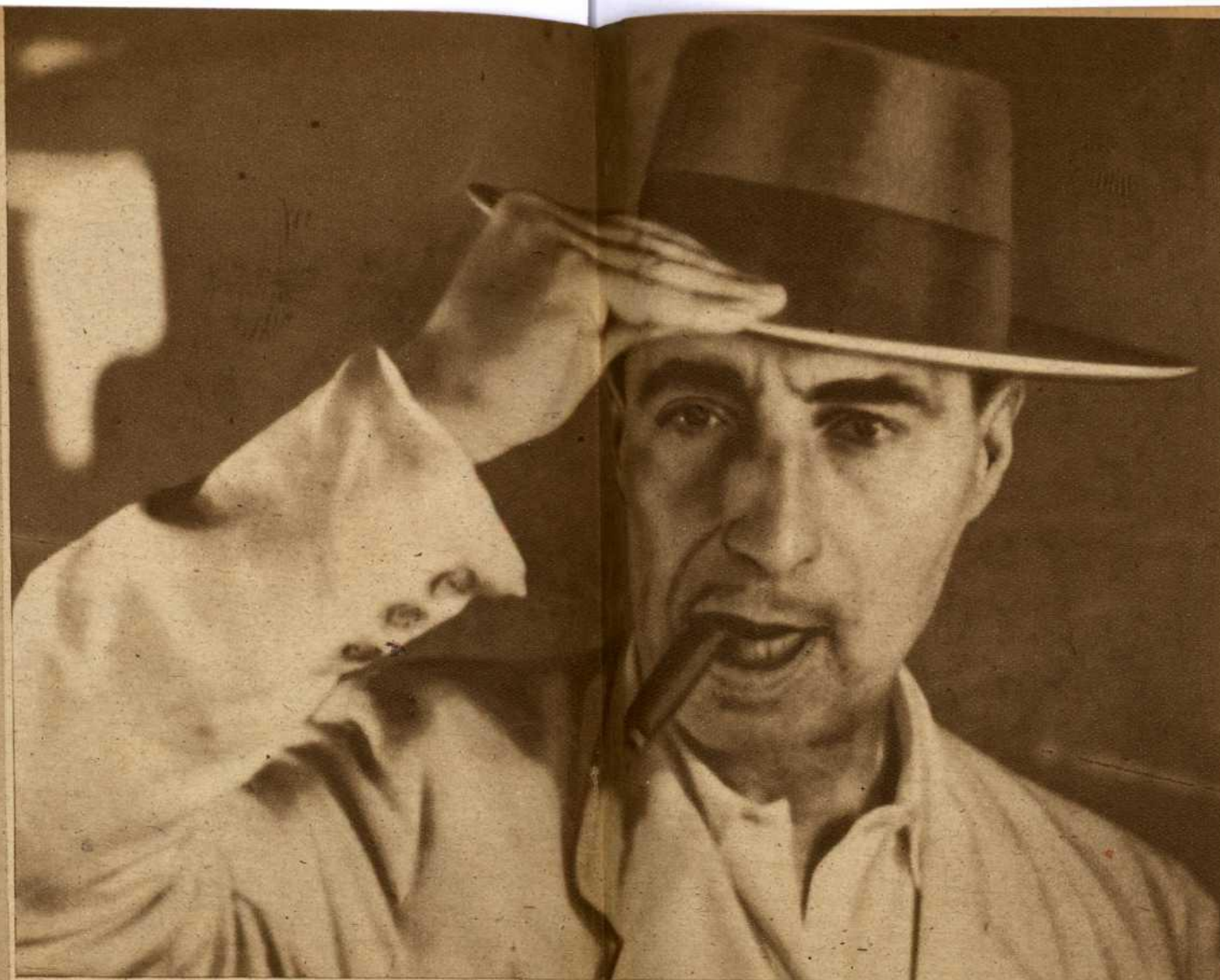


El Niño del Barrio toreado por chicuelinas a su primer toro, del que obtuvo la oreja como premio a su gran faena



Una ceñida media verónica de Manolete.—Abajo: El diestro cordobés en un magnífico natural con la izquierda al toro del que le fue concedida la oreja





## Los cuarenta y cinco años de vida torera de Rafael el Gallo

# EL HOMBRE QUE PUDO HACERSE "MUCHIMILLONARIO"

chaqueta y circulan tranvías. Nada nuevo. Se encuentra uno en seguida a gente conocida. Igual que en la calle de las Sierpes, o en la carrera de San Jerónimo, de Madrid. En América me he encontrado yo varias veces con Luisillo Fuentes Bejarano. Un hombre tocado por la Providencia. Parecía que le avisaban en mis situaciones críticas. Entonces surgía él, en la cubierta de un barco, en el departamento de un tren, en la mesa de al lado en un café de un país cualquiera. A veces yo he pensado, mientras miraba al techo, sin saber qué partido tomar: «Por aquí debe andar Luis». Y así era. ¿No es grande?



años más tarde el cartel reúne, mano a mano, al Papa Negro y al Pelao. De lo alto bajó la musa. Rafael la recogió en los vuelos de su capote, en los pliegues de la muleta, en los picos de las banderillas y en la punta de la espada. ¡Una tarde de Rafael, señor! Borrachera de entera imo en los tendidos; delirio de una multitud que había visto el más allá del torero. Los ánimos que se excitan y una manifestación que se forma. Por un lado, los partidarios acián ganados por Rafael; por otra parte, los de Bienvenida. Los primeros quieren destruir la famosa plaza. Los segundos se oponen. El choque. Es la guerra, con sus correspondientes heridos y contusos, con la fuerza pública impotente para imponer la paz. Un poco más y se organiza la revolución. Eso es lo que pasa o puede pasar cuando a El Gallo le sopla la musa. Terrible momento para los protagonistas involuntarios del suceso. ¿Qué hacer? Bienvenida busca refugio en la enfermería. ¿Y El Gallo? ¿Dónde está El Gallo?, capitán sin quererlo, ídolo de las masas? ¿Dónde está? ¡Cualquiera lo averigua! Ha desaparecido. El no sabe nada, no quiere saber nada. Ha torreado y nada más. El toro le gustaba, y cuando a Rafael le gustaba un toro...



—Y qué tal le sentó la cosa a don Manuel? —Calle usted. Lo tomó por lo serio y estuvimos sin saludarnos una temporada, a pesar de que éramos amigos de toda la vida. Poco tiempo. Hicimos las paces en se-

—Es... fenomenal. —Surgía cuando más oportuna era su presencia. Cosas de magia. —Creo que en América las ha armado usted buenas. —Buenas, buenas... Y malas y regulares. De las buenas, buenas, fué el cisco que se armó en Cartagena de Indias. Lo de Cartagena de Indias bien merece punto y aparte. Allí, a principios de siglo, tenía el Papa Negro un cartel enorme. Bienvenida, padre, había hecho en la temporada de 1908 una faena tan colosalísima, que en perpetuación de la hazaña, nunca vista en aquel ruedo, la afición, por suscripción popular, adquirió una lápida que fué colocada en la Plaza para conmemorar tan gran suceso. No había allí más torero que don Manuel Mejías. No había más torero... hasta que dos

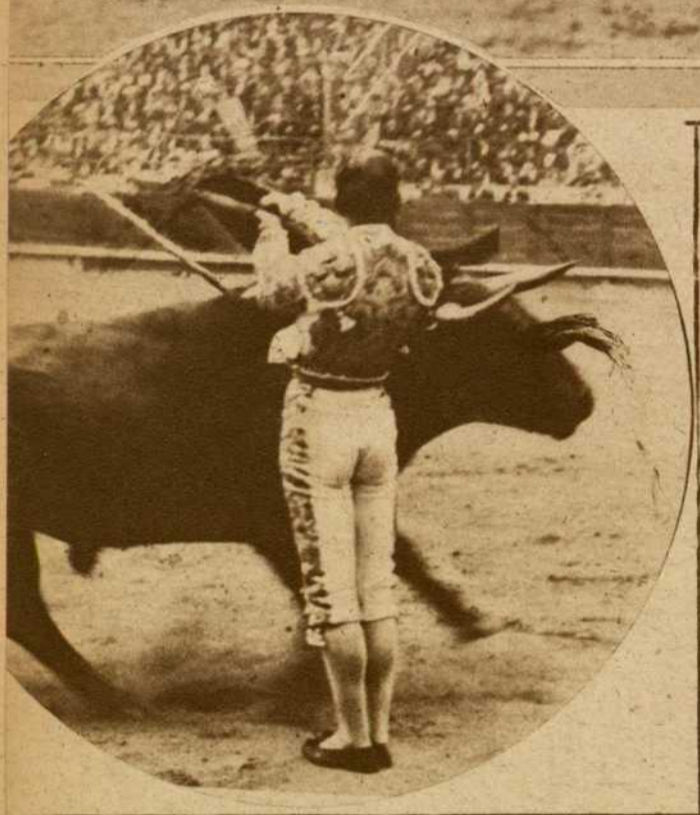
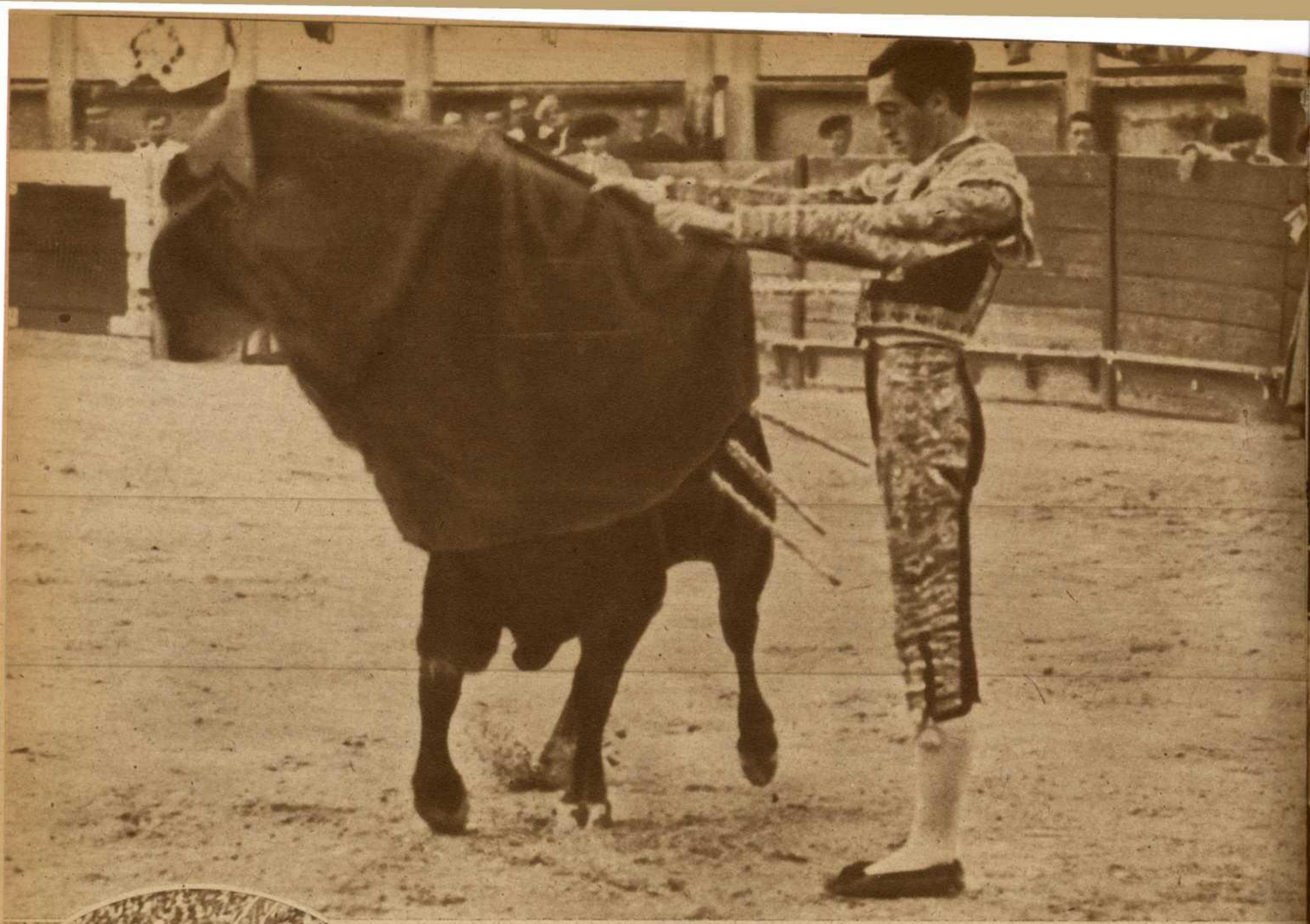
guida, porque Bienvenida, que fué un torero grande, fué también y es una gran persona. —Se firmó la paz. —La paz sobre nuestras cabezas, como dicen los «mojanés». ¡Ay, América! —¿Deseos de volver? —Pues... no, creo que vuelva por allá; aunque vaya usted a saber. —Bueno, me voy otra vez... Y cogerá el primer barco. —Pude hacerme allí «muchimillonario». Pero con eso de las Sociedades Protectoras de Animales... —¿Qué pasa con las Sociedades Protectoras de Animales? —Que le estropean a uno el negocio en cuanto se descuida. Sentimentalismos de la gente. Porque no me negará usted que si le preguntaran al toro dónde prefiere morir, elegiría la muerte ante el torero, que es más brillante que la puñalada del matarife. —Sin discusión ninguna. —En Buenos Aires, una Sociedad de ésas me impidió torrear de capa y muleta a un novillo de dos años en un estadio que hacía de entrada cincuenta mil almas.

—Y le daban a usted? —Cuarenta mil pesos. —¡Lástima! —No; si el dinero acabé por llevármelo. La lástima fué para ellos, que se quedaron sin ver el espectáculo. Lo peor fué cuando lo de La Habana. —Cuenta. —Ahí me pude convertir en Rothschild. Todo estaba preparado para introducir las corridas de toros. A mí me nombraron gerente de todo el asunto. Una cosa de millones. Y en eso... —¿Otra Sociedad Protectora de Animales? —No, señor. En eso, la revolución. Una pena, de verdad. Si tarda Batista seis meses más, me forro. La revolución vino demasiado pronto y Rafael se tuvo que marchar, dejando abandonado un asunto que era «la locura». Se fué de La Habana como un señor. Con su puro. Lanzando al aire el humo de una ilusión de diez millones que pudo ganar y no ganó. —Por el aquí de las revoluciones. —Inconvenientes de no anunciar la hora de los levantamientos. **RAFAEL MARTINEZ GANDIA**

### XVIII

**R**AFael es un hombre a un puro pegado. No se concibe a El Gallo sin un cigarro habano —y de los buenos!— entre los labios o entre los dedos. Por eso el mejor regalo que puede hacerse es una caja de «submarinos»— así les llama él—, y ese fué, amphiado notablemente, el regalo que le hizo el prócer cubano Hipólito Lázaro. —Mil puros me mandó al vapor cuando ya nos íbamos a ir. Allí había de todas las marcas conocidas, y yo estaba en la gloria. Pero a medida que nos acercábamos a España empecé yo a sufrir, porque usted verá el compromiso de traer tanto tabaco y tenerlo que pasar por la Aduana... —¿Y pasó? —Pasó. No sé cómo pasó, pero pasó. Yo me bajé del barco sin querer saber nada. Y pasaron los puros y pasaron los apuros. ¡Don Hipólito de mi alma! Mil recuerdos le dediqué. A recuerdo por puro. Cuando estuve en la Arabia, aun me quedaban algunos. —¿En la Arabia, ha dicho usted? —Sí. ¿Qué pasa? Yo he corrido mucho. Conozco

Alemania, Hungría, Francia... Por París le llevo a usted como si fuera de allí. Y he pasado el Canal. A la «Inglaterra». Y he visto Roma, y Milán, y la Costa Azul... ¡Lo que hay que ver! —Pero lo de Arabia... —Un país muy misterioso. Con lo suyo dentro. ¡Cualquiera sabe lo que hay allí metido! —¿Cómo fué el caer por allí? —Muy sencillo. Que el duque de Veragua, con unos amigos, se iban para allá. Cosas del duque, que quería comprar unos caballos. Estaba yo en el café y me invitaron: «Rafael, ¿por qué no te vienes con nosotros a Arabia?» «Bueno está. ¿Por dónde cae eso?» «Por ahí abajo». «Pues vamos para allá». Y, al día siguiente, nos fuimos. —¿A Arabia? —Sí, hombre. A Arabia. Está muy cerca. Y es un país muy interesante, a lo que se deja ver, que es muy poco. ¡Conque calcule usted lo que será en las interioridades! Allí hay enigma. Aquello es de novela. ¡Pero cualquiera averigua la novela que hay allí dentro! —Distinta de la americana. —¡Claro! En América se está como aquí, se viste de



**E**l día aciago que en el tendido X aquel aficionado clásico comentó estremeceado y con los ojos en blanco: «¡Qué pase tan estatuario!», bajó la fiesta los catorce tramos de su escalera de viejo roble para ascender, dengueando, por la que acababan de brindarle, niquelada y con raso de algodón en los peldaños. De entonces acá corrió el tiempo y todo se asoció a la estatua. Los más rebuscados términos de crítica de arte resultaron pálidos para los que demanda hoy una buena faena de muleta o un quite garboso y adornado.

¿Que esto no es de ahora? Conformes. Cuando la crítica taurina cayó en las manos de la literatura se desbordó el ditirambo un poco más de la cuenta; pero *aquello* tenía gracia, ya que ni Mariano de Cavia, ni Pepe Loña, ni tantos otros escribieron así por resabios cursis o esnobismos histéricos, sino por innato garbo y sabrosísimo aliño del plato popular. Las graciosas exageraciones de *Don Modesto* sonaban a gloria repicada en las mismas madrileñísimas campanas que enloquecían a los vencejos los amaneceres de jura de bandera y fiestas mayores. Con las enormes diferencias que dejan firmes lindes como montañas, ni a las grandezas del 2 de mayo le restan un ápice los engolados ripios de los vates, ni el Nuncio de Su Santidad pidió explicaciones diplomáticas cuando Joselito quedó consagrado en inolvidable croniquilla Papa del torero.

No nos fiamos de nuestras particulares opiniones. ¡Erraríamos en tantas...! Así que por sentirlas compartidas o virar en redondo a tiempo de

## LOS ESTATUARIOS

Por José Carlos de Luna

no estrellarnos, escuchamos con gusto y respeto lo que los demás dicen.

Varios años tuve detrás de mi asiento de barrera en las corridas de feria, en Sevilla, a un espectador que parecía buen aficionado, y que, por lo menos, era discreto hasta la exageración. Aplaudía con fe y vituperaba con sordina. Era el espectador medio de los públicos de toros.

Su aspecto orondo de labrador acomodado lo hacía simpático de golpe: grandón y curtido, limpio y pulcramente afeitado; sombrero ancho—pluma—y bastón de cerezo en sus manos fuertes y sin anillos. Al tercer toro sacaba un paquetito con rodajas de salchichón y media botella de vino *oloroso*. Tras de apurarlo todo con ritual sosiego, encendía un segundo Fariás.

No hablaba con nadie, ni comentaba en voz alta, ni se indignó nunca. Algún que otro ¡ole! gutural, o ¡por vidas de...! más guturales todavía.

En la feria del año 39 recuperé mi tradicional asiento; en el suyo estaba el consecuente vecino.

—¡Sin novedad, amigo?—me preguntó.  
—Sin novedad, amigo. ¿Y usted?  
—Ya lo ve, gracias a Dios.

Y me alargó su mano, que estreché con sincero afecto. Transcurrieron los tres primeros toros *¡sin novedad!* y entre ¡por vidas de...! y al arrastre sacó su consabida merienda. Parecía que no pasaran jaquellos años!

Al cuarto becerrote—de dulce—, bravo, noble y sin poder, el matador de turno le hizo una faena realmente admirable y torerísima, que todos aplaudimos, y mi vecino a *rabiar*; pidió la oreja a grandes voces, se le cayó el Fariás, tumbó la media botella, se le escurrió el bastón de cerezo; en fin, aquel hombre estaba, más que emocionado, enloquecido.

Extrañé tales extremos en un aficionado viejo y que se me destacó por su templanza y ecuanimidad.

Le concedieron al diestro las dos orejas y el rabo, y cuando nuestro vecino, que, jadeante, se limpiaba el sudor de su gran cabeza rapada, recuperó el puro y el bastón y lamentó el pereance de la botella apenas catada, ya tranquilo y entrado en horma, me dijo casi en un susurro:

—¡Ha visto usted qué estatuario!  
Debió de advertir mi espanto, porque se cohibió un poco.

¡Todo un edificio de suposiciones levantado piedra a piedra, año tras año, se desmoronó blar.darrente sin ruido ni polvareda.

—¡Por vida de...!—dije yo—. ¡Por qué dice estatuario!  
—¡Hombre...! Porque... ¡qué sé yo! Porque parece una estatua.

—Pero, ¿qué estatua, amigo? ¿La del gallo de Morón o la de San Fernando, en la plaza Nueva?

—¡Una estatua, señor! ¡Una estatua como esas que sostienen las luces en el Circulo...! ¡Como las de las fuentes...! ¡Como las que muchas veces vienen en las revistas *ilustrás!*

—Vamos, ¡un muñeco!

—No, señor: ¡una estatua! ¡No está claro? ¡Una estatua!

Y el hombre mascaba el Fariás y perdía los estribos porque se acaloraba manifiestamente.

No cejé en mi empeño de acosarlo, ni temí al zarpaço en puertas.

—Vamos—le dije con una mijita de chunga—, usted se refiere a esas estatuas con la hojita de parra, ¿no?

Y aquel hombre, tan formal y tan serio, también captado por la cursilería como tantos y tantas, reaccionó y poniendo en su cara de medalla romana un gesto duro, dijo, mirándome de hito en hito con sencillez y dignidad:

—¡Oiga usted, amigo, que no es por ahí! Yo he dicho eso de estatua como he podido decir otra cosa de esas que se dicen ahora para juzgar estas faenas de *miedo* hechas a estos becerros de *risa*. Si a los toros viniéramos a lo que veníamos antes, no valdría la pena gastarse una fortuna para rabiar en ellos. Y... la primera vez que me pongo a tono con la pantomima para siquiera justificarme el despilfarro, me dan un serretazo que me sientan de grupas. ¡Por vida de...!

—Escuche, amigo: ni usted se lo merece, ni yo soy quién para dárselo; todo fué hablar por hablar, y de verdad que le agradezco su espontáneo desahogo porque se ajusta como anillo al dedo a las consideraciones que acaba de hacer. Solamente que yo, aunque rabie, vengo a los toros siempre, siempre, con la ilusión de antes, aunque salga siempre, siempre, desilusionado y mohino.

Se remató la correjita y salimos juntos para reparar en la Venta Nueva el fracaso de su media botella de *oloroso*.



El gran escultor es también extraordinario pintor. Aquí le vemos ante un fragmento de su cuadro "El tercer aviso"

# MARIANO BENLLIURE

## Pintor de toros

Una faceta artística poco conocida del insigne escultor

Por Mariano S. Palacios



rápido movimiento que no pudo recoger el ojo humano por su fugaz y vertiginosa sucesión. Sólo el objetivo y principalmente la cámara cinematográfica, en su «ralentí» o retardación de movimientos, ha podido desglosar y descubrirnos éstos, mostrándonos toda la trayectoria de una faena, de una embestida o de un galope de la res, o la acometividad de ésta contra el caballo, que incapaz de resistir la fuerza enorme del bicho y en la inutilidad muchas veces de la presión de la pica, se agita y bambolea en el aire como un pelele grotescamente trágico, en su impotencia e indefensa agresión.

Aquellos dibujos inconclusos, aquellos rasgos, aquellos caracteres lineales, son la auténtica labor impresionista, cuya técnica tiene que estar sujeta a dificultades de realización, como acontecía en los tiempos en que la placa cromática no había sido descubierta y los movimientos en el apunte eran un tanto subjetivos y convencionales.

En cualquiera de los casos, estos apuntes vienen a ser al arte, lo que el guión, argumento o sinopsis, viene a ser a la obra cinematográfica, novelística o dramática.

Hay en la obra artística de Mariano Benlliure una faceta desconocida para muchos: la pintura.

No son ya los apuntes preparatorios de que venimos hablando, unas veces bocetos para su obra escultórica y otras como expansión y entretenimiento del maestro en la Plaza, apuntes unos y otros que tienen no sólo un interés sino un valor para el mañana, sino esas pinturas de pequeñas y grandes dimensiones, en las que Benlliure plasmó escenas y movimientos taurinos, retazos de lidia, en acuarela y en óleo, que mantienen su fuerte y arraigado temperamento artístico, tan español, tan humano y vital. Y no es de ahora, no, esta dualidad artística de Mariano Benlliure, porque hace años su pincel ofreció a la curiosidad y el interés artístico y taurino, no sólo cuadros de gran tamaño, de propiedad particular, sino carteles para festivales benéfico-taurinos, en los que primerísimas figuras de los tiempos jóvenes de este nuevo creador de una maravillosa y corpórea «Tauromaquia», asombraban a los público, enervorizados de España, por ese viejo arte de estoquear, siempre lleno de inéditas faenas y momentos. Y así, Mariano Benlliure, nuestro universal artista, cuyos dedos modelaron tanta obra escultórica famosa para dentro y fuera de nuestro país, ocupa también un puesto destacado entre los modernos cultivadores de la pintura taurina, con la cual queda escrita en color la historia del más nacional y emotivo de nuestros espectáculos.

Y es que Mariano Benlliure, ayer y hoy en su gloriosa ancianidad, es nada más y nada menos que todo un artista.

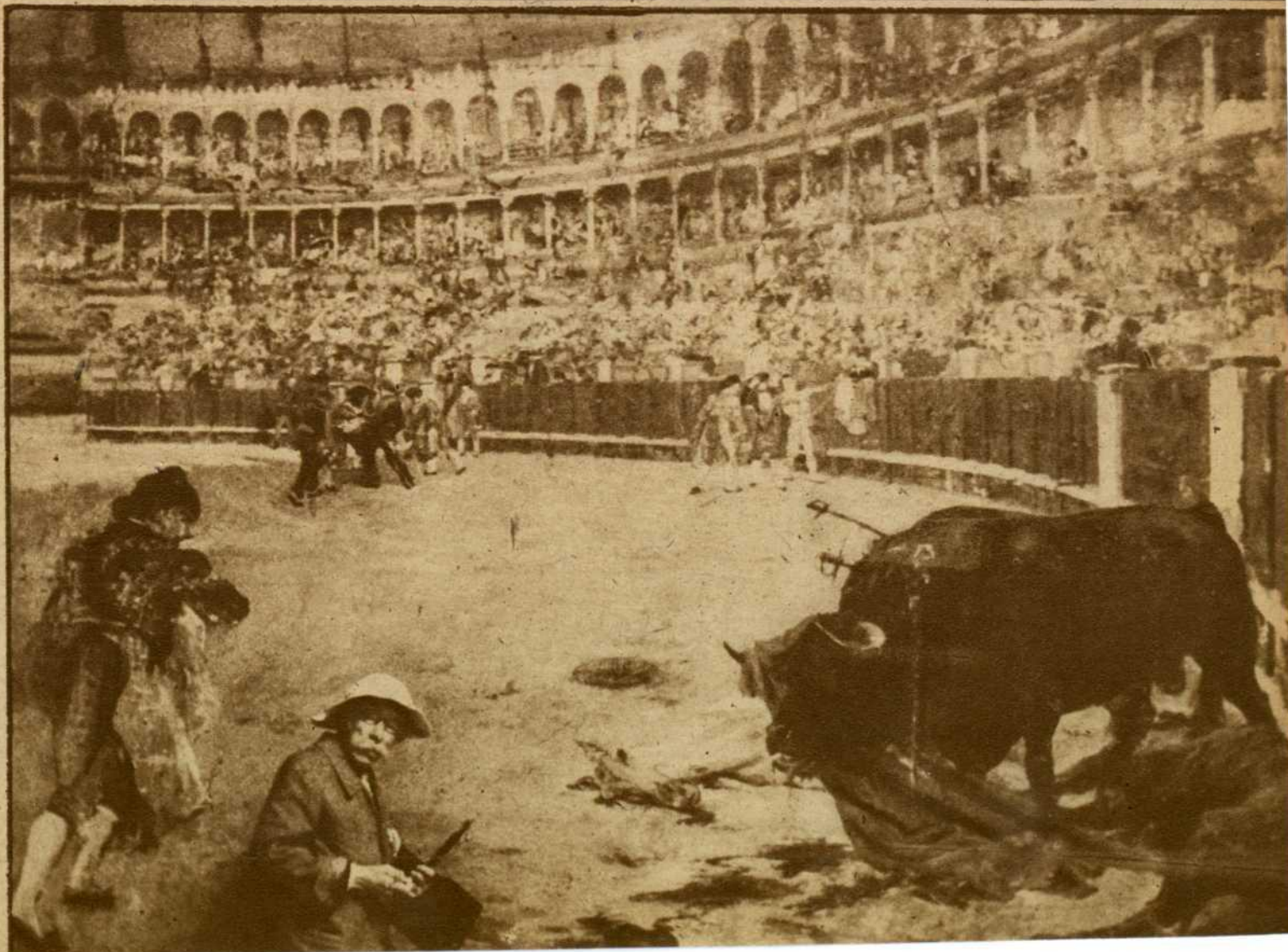
Nuestro eximio artista, en su estudio, retocando su magnífico cuadro taurino "El tercer aviso" (Plaza vieja de Madrid)

Mariano Benlliure recibe en la Plaza de Toros de Valencia los aplausos y ovaciones de sus paisanos

**H**AY, a lo largo de la vida de este gran escultor, una devota y entusiasta dedicación artística a los temas taurinos. Desde aquel célebre «Coleo» a la reciente serie de la «Tauromaquia» escultórica, a cuya exposición asistimos la temporada pasada, es amplia la labor artística taurómaca de Mariano Benlliure.

Toda o casi toda la obra de un artista tiene una labor previa, preparatoria, de apunte o abocetación, de síntesis o esquema de la más tarde labor constructiva de la obra final cuya realización exige un debido y adecuado estudio.

Son unas veces auténticos esquemas, algo inacabado e inconcluso, rasgos, trazos y líneas que tienen más de ingenuos e infantiles dibujos que de una obra inicial y preparatoria en la gestación. Son otras, apuntes realizados con detenida y meticulosa deleitación artística, pero acaso estos dibujos descubran en un falso impresionismo la paciente labor sujeta a un modelo fotográfico.





# LUIS FUENTES BEJARANO, alejado de la fiesta, será siempre todo un torero



Tres gestos de Luis Fuentes Bejarano durante su charla para EL RUEDO



En el cortijo "El Tardón", Luis Fuentes Bejarano—atuendo campero, sombrero de ala ancha—descansa de la labor, al lado de su caballo

## El fandanguillo y el cante grande.—Aquel toro de Miura que pesó en canal 416 kilos



El que fué gran torero habla con nuestro corresponsal Narbona

A galope tendido, por una vereda trazada con precisión casi urbana, sobre el prado, viene hacia nosotros Luis Fuentes Bejarano, torero famoso hasta hace tres años y hoy señor propietario de esta finca de campo que extiende sus fanegas de olivar y sus tierras de labor entre el camino de Alcalá del Río y el Guadalquivir. Fuentes Bejarano—atuendo campero impecable, sombrero de ala ancha negro—detiene su caballo ante nosotros y nos alarga, cordial, su mano. Raimundo Blanco, este activísimo y desinteresado delegado de EL RUEDO en Sevilla, que por sus innumerables conocimientos en el mundillo taurino y su competencia constituye un magnífico colaborador del periodista, se lamenta de la falta de formalidad de los taxis porque «el nuestro», después de cinco paradas, a última hora nos ha dejado a kilómetro y medio de la finca de Fuentes Bejarano.

—¡Valiente coche!  
Luis nos acompaña hasta la puerta del cortijo, que en el arco de entrada, bajo su título—«El Tardón»—luce un azulejo de artística cerámica con la imagen del Gran Poder.

—Ese retablo—nos dice Fuentes Bejarano—me lo regaló mi compadre...  
Porque entre el torero y Raimundo Blanco existe esa relación que acaso por otras tierras nada signifique, pero que en Andalucía tiene la fuerza de un parentesco verdadero.

Con la esposa de Fuentes Bejarano—distinción, belleza, simpatía...—llegan sus tres pequeñas, para las que Raimundo Blanco—como buen padrino—trae de la ciudad unas chucherías. Poco después, en torno a una mesita—sobrecargada de viandas caseras, regadas con buen vino—, Luis Fuentes Bejarano habla, con desbordado entusiasmo, de la fiesta de toros, de sus aspectos actuales, de su historia...

—Yo—nos dice Fuentes Bejarano—no he querido en mi vida ser otra cosa que torero... Es más, creo que si naciera otra vez, elegiría la misma profesión. Para mí no hay más gloria ni más riesgo que el toro. Si me fui de la fiesta, ahora hace tres años, fué sólo porque yo entendía que el público había dejado de interesarse por lo que yo estimo fundamental: el toro.

Y porque ya no pesaba en la fiesta más que el aspecto comercial...

Hay un dejo de breve amargura en sus palabras, pero vuelve rápido a su abierta cordialidad: Plaza. Cuando por la calle había que mantener el tipo con la misma arrogancia que en el redondel. Y había que hablar, vestir y portarse como un torero a todas horas... Hoy, desgraciadamente, no es así.

—Para usted, ¿en qué consiste el toro?  
—En mandar en el toro, en dominarlo... Yo al menos así lo entiendo y así lo hice. Hacer otra cosa en el ruedo es..., cómo le diría a usted!, salirse por fandanguillos, cuando todo el mundo sabe bien que el cante grande es otra cosa...

—Mire usted, yo no vi torear nunca a Joselito. Murió cuando yo me acobaba a la afición con ansias de triunfar... Creo que me hubiera convencido.

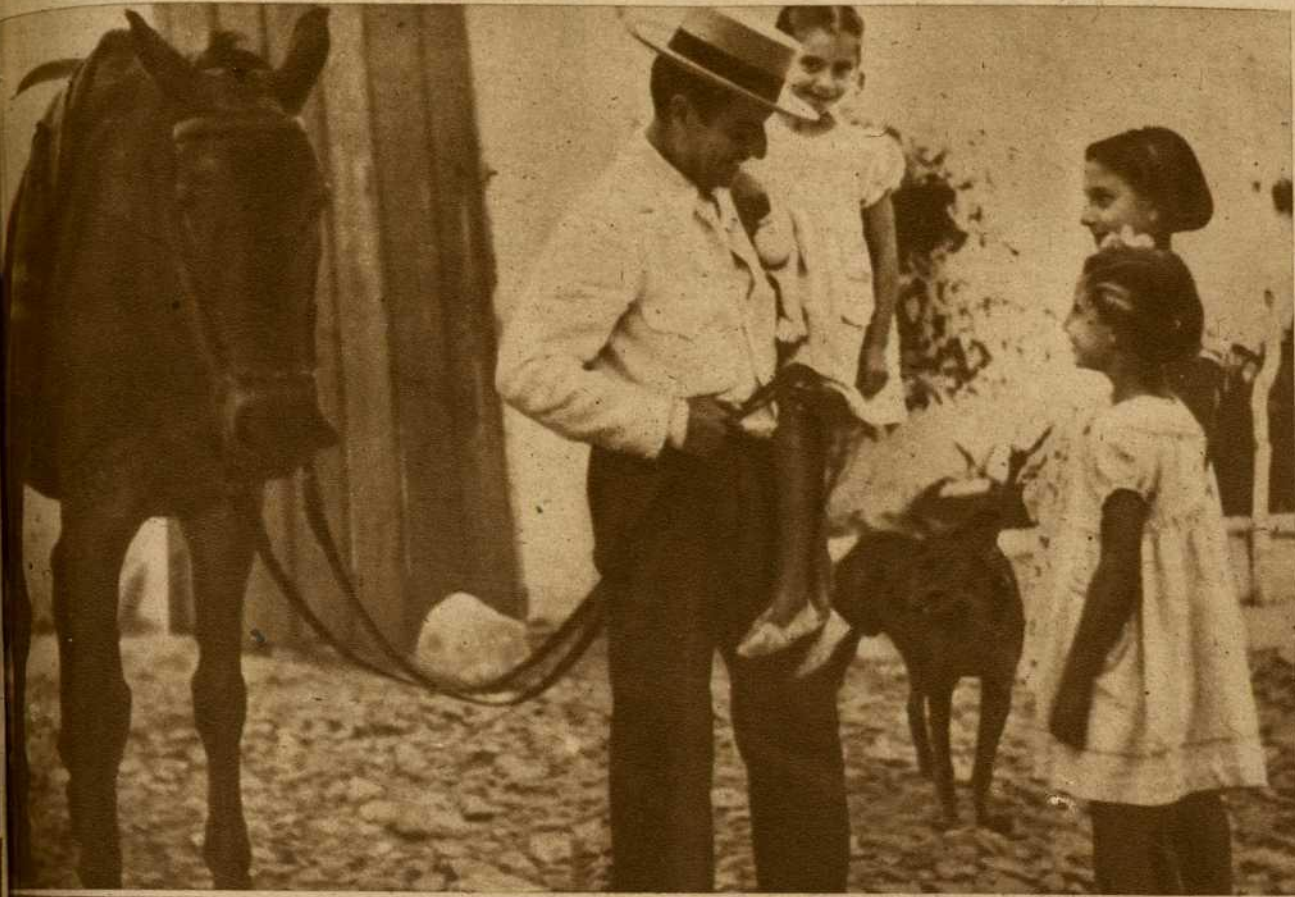
—¿Cuántas cogidas ha sufrido usted?  
—Catorce, durante los veinte años largos de actuación... Después de retirarme sufrí otra, hace dos años, al intentar saltar sobre una vaquilla en una fiesta. Me hirió en el muslo y las consecuencias pudieron ser funestas...

Fuentes Bejarano ha mirado a su esposa. Hay una pausa en la conversación, que rompe Raimundo Blanco.  
—Claro que eso no le pasa más que a los toreros como éste, que nunca opusieron reparos a nada; que jamás se negaron a lidiar toros, por difíciles que fueran.

—Precisamente tengo interés—interviene Fuentes Bejarano—en aclarar un incidente ocurrido en Inca (Mallorca), de que se ocupaba recientemente un periódico madrileño. No es cierto, como decía la información, que Valencia II, Facultades y yo nos negásemos a torear por simple capricho, sino porque la Plaza carecía de enfermería; no había más que dos caballos—entonces no existían petos—para picar y además uno de los toros era tuerto... Mas por mi deseo que quede a salvo el nombre de Valencia II, que murió como un valiente en el Madrid rojo, asesinado por ser un buen español.

—De éste—interviene de nuevo Raimundo Blanco—nadie ha podido decir que se ha negado a ponerse delante de un toro... A raíz de eso, de Inca, salió en Madrid a torear con Fortuna una corrida de Miura que dió un promedio, en canal, de 265 kilos. Uno de los toros, el cuarto, llegó a los 416. Cómo sería aquel bicho, que al dar Luis un molinete le rozaron los cuartos traseros del toro y le tiraron a tierra... En hombros salió aquella tarde de la vieja Plaza de Toros de Madrid. Y así llegó hasta la Cibeles...

# "A mí me hubiera gustado ser matador de toros a mediados del siglo pasado"...



Luis Fuentes Bejarano, con sus tres hijas, en el cortijo "El Tardón", entre el camino de Alcalá del Río y el Guadalquivir

## Catorce cogidas en veinte años de torero "Esa alegría bajita de la Plaza de Toros de Sevilla"...

Luis Fuentes Bejarano calla, mientras su compadre hace el justo elogio de aquella jornada. Después comienza a referirme su iniciación en Málaga, sus primeros contratiempos...

—Yo salí la primera vez a la Plaza como sobresaliente de un sobresaliente. Y tenía tantas ganas de acercarme al toro que aquel día toré más que nadie... Eso fue en 1921. A la siguiente temporada me presenté en Barcelona como novillero y en 1923 vine a Sevilla. Toré con Posada y Pepe Belmonte. Los toros fueron de don Félix Suárez. Once veces fui cogido. Cuando terminé tenía heridas en todas partes... Tomé la alternativa en Vitoria ese mismo año—el 5 de agosto—de manos de Valencia II. Pepe el Algabaño actuaba de testigo. En 1924 tuve la desgracia de que un toro me alcanzase en la primera corrida. Aquel año comencé y terminé la temporada en la enfermería. En 1925 toré nueve corridas; el 1926, diecisiete; en 1927, treinta y una; en 1928, cuarenta y una; en 1929, cuarenta y siete; y en 1930, sesenta... Después vino la República y la fiesta de toros sufrió una crisis. Pero yo seguí toreando...

—¿Cuál fue su mejor temporada?

—En calidad, la mejor fue en 1929...

—Una, que ha recordado en EL RUEDO don José García, el Algabaño... Fue en 1938, en una corrida benéfica, que presidían con aquél Machaquito y Bombita...

—Aquello—interviene Raimundo Blanco—fue magnífico... Después de hacer una faena de muleta colosal, pidió a los subalternos que se retirasen y entró a matar al volapié, a un metro del toro, marcando los tiempos como mandan los cánones. El toro salió de los vuelos de la muleta... Yo, entusiasmado, comencé a pedir la oreja, y cuando arrepentido de que toda aquella faena producto de mi admiración por Luis volví la cara, me encontré que la Plaza entera hacía lo mismo. Hasta la presidencia pedía la oreja... Ninguno de aquellos tres colosos de la vieja torería se habían dado cuenta de que eran ellos los que tenían que conceder el trofeo...

—¿Cuántas temporadas toré usted en América?

—Fui tres veces a torrear. A Méjico, a Venezuela y al Perú... Y dos a la Argentina, para asuntos particulares. Por cierto que una tarde, en Buenos Aires, en el Jockey Club, el vicepresidente de la República, señor Roca, y al saber que yo era torero, comenzó a interesarse por algunos aspectos de nuestra fiesta...

Como es natural, se dolía del trato que sufrían los caballos de los picadores. Yo argumenté en contra de los que apostaban en las carreras de caballos y obligaban a esfuerzos imposibles y peligrosos. Le hablé además de la incomparable belleza de nuestra fiesta, de su colorido, de las mujeres, que hasta parecen más guapas cuando se asoman a la barrera... Creo que aquel día conquisté para nuestra causa una voluntad más...

—Guarda algún otro recuerdo de esos viajes?

—Muchos; pero acaso los más interesantes tienen por protagonista al Gallo... Un día me lo encontré en Puerto Colombia, camino de Quito. Yo iba para Panamá. El Gallo andaba mal de dinero, pero lucía sobre su camisa una botonadura de oro con las iniciales de Alfonso XIII que el rey le había regalado. Vino a despedirme al puerto y se quedó a contraluz sobre un muelle. Recuerdo la impresión que me produjo su figura recordada sobre el cielo, mientras yo me alejaba en la canoa. Parecía un gladiador romano, revestido de sublime dignidad...

—Usted que vivió la iniciación del pleito con Méjico, ¿creo que la concurrencia de toreros de allá beneficia a nuestra fiesta?

—Indudablemente... La competencia estimula... Y acaso una de las cosas que más falta hacían ahora a nuestra fiesta es eso: la rivalidad, noble competencia... Por otra parte, yo creo que el arte no tiene frontera y que no deben ponerse obstáculos a los toreros mejicanos... El pleito, en su planteamiento, era lógico. Pero no había razón para que perdurase tanto tiempo...

—Una pregunta final... ¿En qué Plaza de Toros actuó usted más a gusto?

—En Sevilla... Primero porque el público entiende de toros... Y después porque es la más bonita... Tiene desde el ruedo un esplendor que ciega y una alegría bajita que emocionan al más templado... Yo, al menos, no la cambiaba por ninguna.



Luis Fuentes Bejarano, con su padrino, Raimundo Blanco



Tres momentos de Luis Fuentes Bejarano mientras hablaba de la fiesta. (Fotos Cae.)

La conversación toca a su fin. Llega la hora del regreso. Bajo la noche sin luna se hace el campo más amplio, más intenso. Luis Fuentes Bejarano se acerca hasta la carretera para despedirnos... Cuando el coche nos devuelve a la ciudad, a la vista de las breves notas tomadas durante la charla, comprendemos que con razón se ha dicho de él que, aun alejado de la fiesta, continúa siendo todo un torero.

## TEMAS TAURINOS

# FIN DE FAENA

Por FELIPE SASSONE



**C**OMO ya va siendo muy largo el trasteo que fingimos en estas cuartillas, y nos podemos «pasar de faena», tendemos a igualar al bicho para entrar a matar. Quede antes sentado lo siguiente como resumen de cuanto llevamos dicho:

La faena normal clásica y adornada, aparte los molinetes y demás moneñas que pueden intercarse por alarde de valor y gracia, ha de efectuarse renovando los «cites» a cierta distancia del toro para que éste arranque con ímpetu y pueda pasar entero por delante del

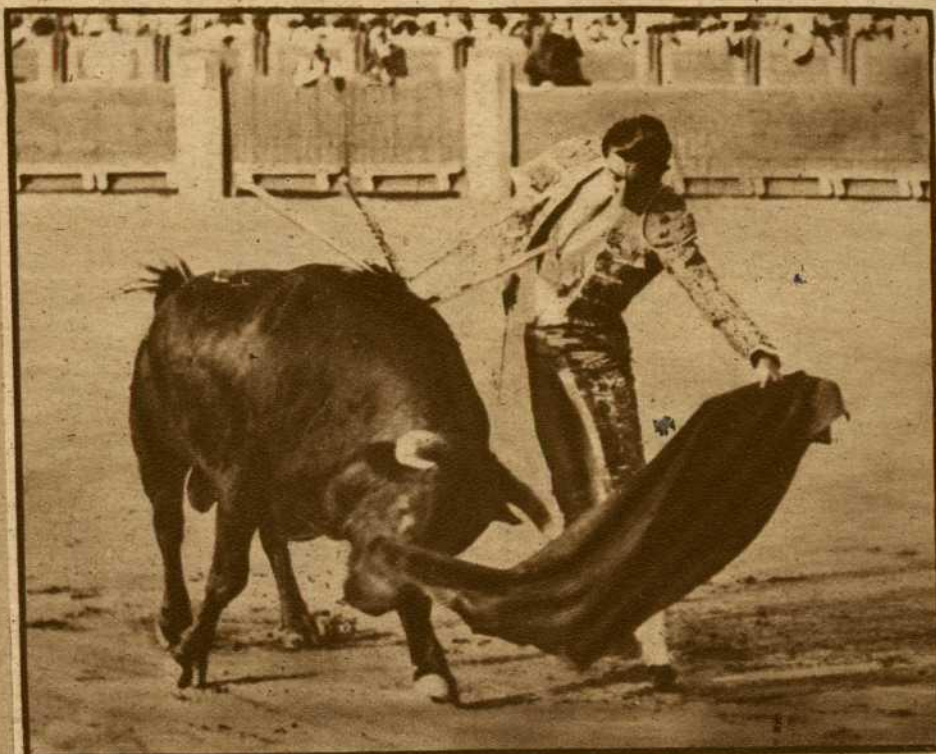
lidiador. Cuando se habla del pase natural, sin añadirle otro calificativo, se entiende que se trata del pase natural por bajo, que es el que tiene más mérito. Dicho pase se hizo más ceñido y más lento desde la aparición de Belmonte, hasta llegar a la suavidad preciosa del natural de Antonio Bienvenida y hasta el aguante inverosímil de Manolete, que a veces deja llegar al toro al trazo sin adelantar éste, soportando impasible que el toro pase por delante de su cuerpo indefenso antes de tomar el engaño. Este es su mérito mayor.

No se puede hablar de la curva del pase natural y de los naturales seguidos, porque entonces se torea en redondo, por medios pases, a veces por cuartos de pase, y el peligro sólo está en el primer cite, que no se renueva en los demás lances enlazados. El toro gira en torno del torero, y éste, sin apartarle el engaño del hocico, gira a su vez en torno a su eje vertical guareciéndose en el cuello del bruto. Demuestra temple y destreza, pero no tiene el mérito del pase natural verdadero. En el pase al natural verdadero, el viaje del toro no es una línea curva, sino una línea recta, según la que traza al seguir en la verónica auténtica el vuelo del trazo, que el torero no ha de agitar, trayéndolo hacia sí en el remate, como en la media verónica o en la suerte llamada «del delante». En el pase natural legítimo, el brazo izquierdo se tiende hacia el mismo lado del torero sin dirigirlo hacia atrás para que el toro tuerza el viaje y lo haga más corto. El brazo del torero ha de alargar derechamente el recorrido del toro, y la muñeca hace un movimiento hacia afuera para que la muleta se abra en abanico, y ha de retirarla de la cara del bruto al terminar el lance para renovar el cite antes de repetir el pase, para que el trasteo sea escandido, diferenciado y tenga un nuevo mérito de nuevo peligro a cada nueva conjunción de astado y lidiador. Cuando en el segundo pase natural el toro no ocupa una posición exactamente opuesta a la que tuvo en el primero y no marca con su viaje una línea recta paralela a la línea de la primera embestida, se puede asegurar, sin temor a equivocarse, que no hubo pase natural completo.

Todo lo que se hace por alto con la muleta tiene muchísimo menos mérito que lo que se hace por bajo. En los pases por alto, cuando se deja llegar, el toro no se entera por qué lado se le ha ido el lidiador. Derrota alto y se para un instante, salvo cuando es un toro de sentido que frena en el centro de la suerte, y entonces es peligroso torear por alto con desahogo, porque el enemigo se cuela buscando el bulto por debajo del engaño. El pase alto suele ser eficaz cuando es un medio pase seco que corta el viaje del toro e interrumpe el pase natural por bajo, para evitar la colada del bruto y poner, entre éste y el cuerpo del lidiador la defensa del trazo.

El pase de pecho sobre la mano izquierda, sin que la muleta se agrande por ayuda del estoque, tiene un mérito indiscutible, porque es en realidad un pase por bajo en que el torero se pasa por delante todo el toro. Sólo el remate es por alto cuando ya ha pasado el enemigo, y si en este pase la muleta no ha peinado los lomos del animal y ha terminado su recorrido saliendo por la penca del rabo, el pase de pecho no habrá sido completo. El pase cambiado, en el que, marcando al parecer un pase natural, se termina con un pase de pecho, cambiándole la salida, tiene siempre mérito, porque demuestra destreza y mando, valor para aguantar y vista para cambiarse de lado en el momento preciso, y tiene mucho más mérito cuando es forzado por haberse ceñido el bruto, y lo mismo diremos del pase obligado de pecho, sin cite previo, el cual se produce cuando el toro se revuelve prontamente y el lidiador, en vez de huir, aguanta la acometida y despide al toro por delante de él. El cambio a muleta plegada, precisamente por estar plegada ésta y hacerse de largo, aguantando una acometida impetuosa, tiene el mérito de un quiebro a cuerpo limpio.

El trasteo lucido con el toro boyante es lo más bello y rítmico de todo el toreo; pero la faena de dominación y defensa sin huir y sin dejar que el toro coma el terreno es lo más difícil de todo el arte y lo fundamental en el matador de toros que no quiera deshacerse de su enemigo



Armillita iniciando un pase natural. El toro ya va prendido del vuelo de la muleta



El infortunado Pascual Márquez en un pase de pecho a un toro!

sin haberlo salinado y sin haberlo igualado a su voluntad y placer. Y como ya este toro del trasteo escrito ha juntado las cuatro patas en el tercio, mirando, casi paralelo al vallado, a la derecha de los toriles, y está en lo que se llama la suerte natural, liamos la muleta, nos enhilamos centrados entre los dos pitones y nos disponemos para entrar a matar. De este volapié, de la estocada arrancando, a un tiempo, al encuentro, a paso de banderillas, con los terrenos cambiados y recibiendo, hablaremos en crónicas sucesivas. ¡Ah! Y también de la estocada, por la colocación del acero en la herida, cuya clasificación, por el temor de ser demasiado prolíjos, suelen omitir desde hace poco tiempo los críticos actuales.



Cartel de la despedida de Guerrita, Ferias del Pilar de 1899

HACE CUARENTA Y CINCO AÑOS

# El "¡Ahí queda eso!" del GUERRITA, en Zaragoza

Por DON INDALECIO

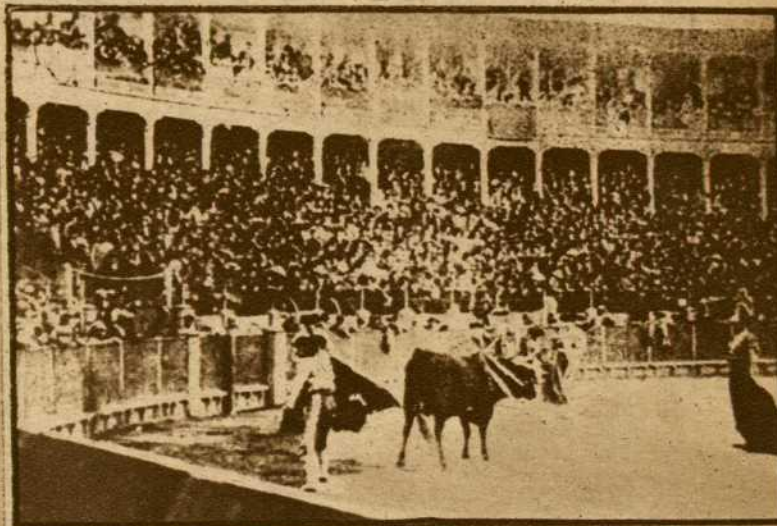
vergüenza y una responsabilidad. Si las cosas no cambian, juro borrar me de la afición. Y el juramento no lo hace poniendo la mano sobre unos evangelios, que no están a su alcance, pero sí llevándose los dedos tímidamente sobre el sitio en que calcula, aproximadamente, que le cae el corazón.

La efemérides más importante que la historia del cireo taurino zaragozano registra como ocurrida durante las corridas del Pilar, continúa siendo, a pesar de los cuarenta y cinco años transcurridos, la última actuación de Rafael Guerra, Guerrita, el día 15 de octubre de 1899. Un adiós a la vida taurina, sin previo aviso, del hombre plétórico de facultades, sin contrincante serio—que nunca tuvo—, sin haber conocido el amargor de una decadencia, pero con los públicos en contra, los de toda España, sin hacer excepción del de Madrid. Detalle que lo corrobora: al terminar la corrida toreada en la capital, el día 11 de junio de ese año de su mutis, dolido del trato injusto de la afición mejor, parece ser que le dijo a su amigo Pepe Bilbao esta frase poco académica:

«No toreo más en Madrid ni para el beneficio de María Santísima.»

La decisión de quitarse de los toros la llevó con el mayor sigilo. Ni los íntimos estaban en el secreto. Pero... ¿puede haber algo oculto para un buen periodista enamorado de su oficio? En Zaragoza ejercía uno, que hace ya diecisiete años que goza de Dios, y se llamaba Francisco Aznar Navarro, triunfante después en distintas redacciones y creador de periódicos en Madrid. Aznar Navarro, sin grandes aficiones por el espectáculo ni competencia crítica, hacia toros, no obstante, en un diario local y representaba a algunos diarios madrileños. Y a uno de ellos, a *El Liberal*, comunicó, días antes de las corridas del Pilar, que Guerrita torearía por última vez en ellas. La noticia fué desmentida por los íntimos del diestro, que la achacaron a «canard» periodístico—eso del «canard» era lenguaje de la época—, y como un planchazo que se tiraba Alguacilillo, que tal era el seudónimo empleado por el revistero. Aznar Navarro siguió en sus trece, lo mismo que había seguido en los suyos su paisano el Papa Luna, y terre que terre, sin rectificar, llegó la fecha del 15 de octubre, festividad de la Santa de Ávila. Celebración de la tercera de feria, con seis toros procedentes de don Jorge Díaz, conocidos entre los toreros por los «miras de Navarra». Con Rafael Guerra desfilaron, al frente de sus cuadrillas de picadores y banderilleros, José García Algabeno y Nicanor Villa Villita, jóvenes matadores de alternativa, que, cuatro temporadas antes, habían puesto al rojo el entusiasmo de los espectadores al formar pareja ocasional en unas novilladas caniculares de Madrid.

El ganado navarro constituyó una solemnisima boyada, que aburrió a espectadores y toreros. Guerrita no hizo nada de particular al despachar a su primero, y le silbaron terminada su faena en el cuarto, último que estoqueó en su vida. Este toro, que se llamaba «Limón» y era colorado, bragado, ojo de perdiz y adelantado de cuerna, no le había correspondido a Rafael en el sorteo, sino a Villita. Pero or-



Guerrita después de la media estocada al toro Limón en la tarde de la despedida del diestro cordobés

El aficionado viajero, el que va de aquí para allá, a las ferias grandes del norte y a las ferias grandes del sur, termina estos días, con las corridas del Pilar, sus ajetreadas excursiones «pro afición». Después de ellas, durante unos meses—largos y tristes meses invernales—se le acabó el comer mal y apresurado, el conquistar a codazo limpio una mesa en un café para saborear el moka y poder pegarle fuego a un inacabable habano, y el viajar con las posaderas sobre su maleta en el pasillo de un expreso. Las famosas ferias del Pilar, en Zaragoza, le cierran la temporada en los umbrales del otoño gris, cuando ya las castañeras—personajes indispensables en todo sainete clásico que bien se estime—hicieron su aparición por las esquinas. De ahí en adelante, se dedicará a recordar o a conjeturar. En la temporada siguiente—creo el infeliz—los toros «serán toros» y se abaratarán las localidades. «Seguir por el camino que llevábamos—piensa—no podía ser; por ver lidiar becerros que se derrumbaban a la primera chicuelina, gastarse el patrimonio de los hijos, era una

denada la retirada al corral del tercero por manso y cojo—que en todos los tiempos se cocieron habas—, en vez de salir los cabestros apareció «Limón», que era el que Villita había de estoquear en sexto lugar. Saheron por fin los mansos, se llevaron a los dos toros... y siguió el lío, pues el que debía ser «sexto» fué «cuarto» y los despachó Guerrita.

Una faena inteligente, sin grandes notas, y un pinchazo echándose fuera y media delantera de mejor ejecución, puso fin a una historia brillantísima. ¡Lástima que en el broche de su última tarde aparecieran esos silbidos de un público decepcionado!

Guerrita vistió para su última tarde de torero un terno plomo y oro, y la muerte del último toro estoqueado se la dedicó con un brindis a su amigo Noval, según unos, y al marqués de Urquijo, según otros. Sea uno u otro, ocupaba un asiento en el paleo número 2.

La decisión de abandonar los ruedos estaba tomada por su libérrima voluntad; se iba «porque quería». Sin embargo, al llegar a la fonda de Europa, se echó de bruces sobre la cama, y, roto en amargo llanto, se despidió así de los individuos de su cuadrilla:

—Yo no me voy de los toros; me echan.

Así era, en efecto. Los públicos, con su actitud hostil, le hacían imposibles las actuaciones.

Joven sano, con dinero, una mujer y unos hijos amantes, bien hacia Rafael en marcharse, y allá que los intransigentes que se habían cansado del preciado juguete dieran con sus odios contra una esquina, y que se divirtieran a su antojo con el juguete más nuevo, aunque éste se les ofreciera en la figura de un torero mediocre. El respetable público, como en tantas anteriores y posteriores ocasiones, se había empeñado en dejar de ser «respetable».

La decisión de Rafael Guerra cayó, naturalmente, como una bomba entre la afición española, y ante lo irremediable vinieron las lamentaciones de los que eran sus partidarios, lo mismo que las de los que habían contribuido con los romeritos de sus intransigencias a avivar el fuego de sus desconsideraciones con el gran torero. Los hilos telegráficos orientados hacia Córdoba gimieron en nombre de los aficionados de toda la península. En un folleto, regocijo de bibliófilos, un aficionado que no iba para Cervantes, recogió todo ese la grimeo de amigos y admiradores. Alguien se sintió profeta y redactó así el suyo lacónicamente y ni más ni menos: «Se acabaron los toros!»

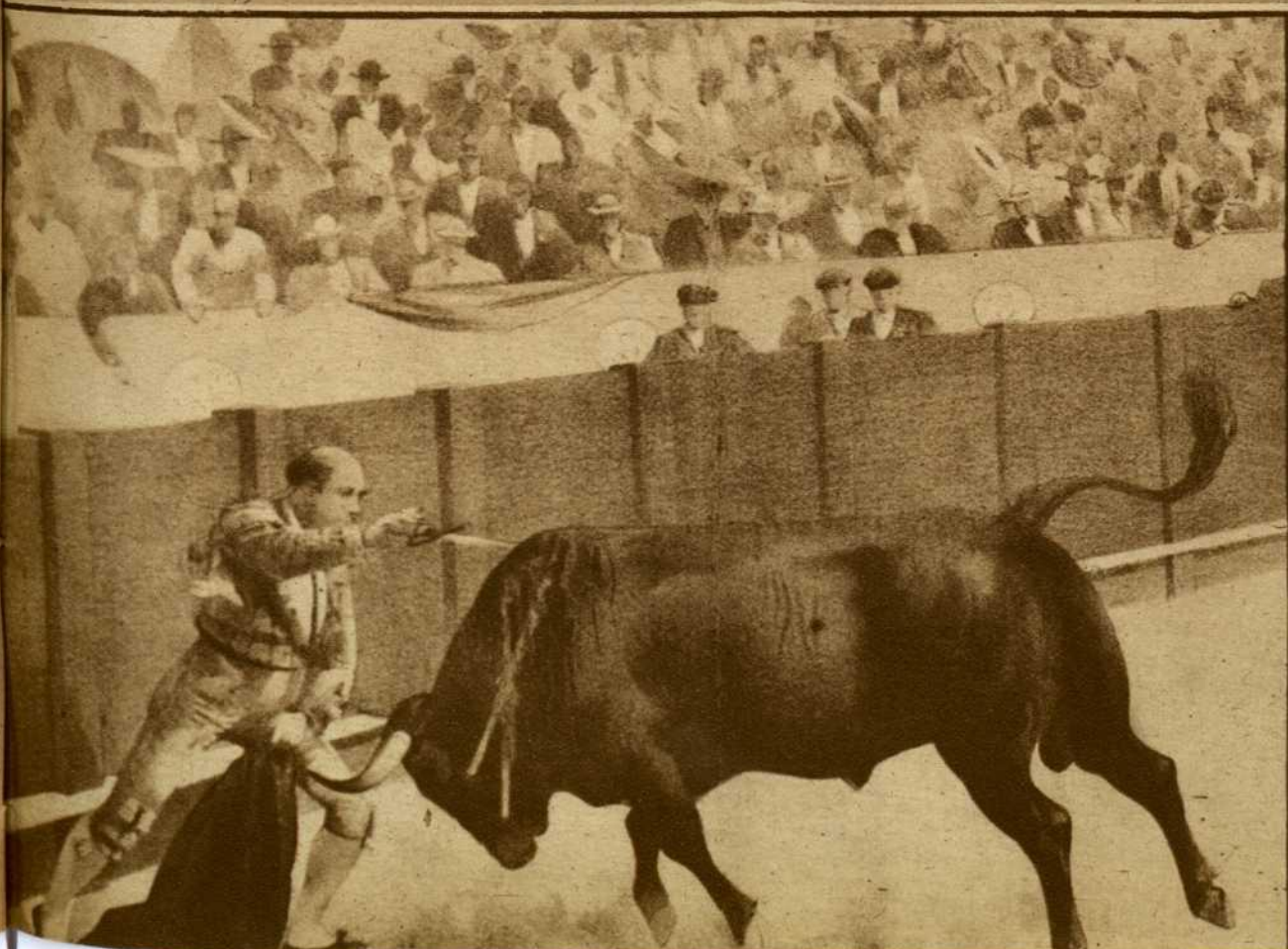
Quien tal dijo no se había enterado de aquello de que «Don Preciso» es un personaje cuya muerte se pierde en la noche de los tiempos. Y si eso ocurría con «Don Preciso», era de suponer que no ocurriera nada de excepción cuando «Don Rafael» no se había muerto, sino sencillamente cuando había dejado de torear.

Contra la profecía nacieron nuevos tiempos y épocas de esplendor para el toreo. No; no se murieron los toros al irse Guerrita; como tampoco se murieron a partir del trágico 16 de mayo de Talavera; ni al irse Juan Belmonte; ni al irse quien se vaya. Cuando se moría un rey se daba un viva a otro rey. Se marchan unos y vienen otros.

Los que no se van ni vienen, pues permanecen inmutables, son los públicos, iguales ayer, hoy y mañana, siempre los mismos en su afán insaciable de derribar las figuras que estén más en alto.

Y puesto que, al comienzo de este artículo, he recordado el ajetreo de los aficionados que van de feria en feria, yo siempre he pensado en las visitas al lugar de las barracas, los titiriteros, los fenómenos y las baratijas, ante el «pim-pam-pum» del tiro con pelotas, que el muñeco que va vestido de torero debiera representar a la primera figura de la tauromaquia de cada tiempo. Y, ante tal tiro, yo vería pararse a los aficionados de Sevilla, de Madrid, de Pamplona, de Bilbao, de Zaragoza, de las mejores ciudades de España, en fin, con sus aficionados más representativos, para arrojar con furia sus proyectiles contra el torero caracterizado con la «sana» intención de quitarle la cabeza. Ni más ni menos que en 1899 se la quitaron a Guerrita.

Guerrita matando contra querencia. (Dibujo de la época, por Perea.)



## LOS CUATRO MITOS DEL TOREO

# EL ESPARTERO, REVERTE, ANTONIO MONTES Y JUAN BELMONTE

Por A. HEREDIA

**L**a cultura de Juan es tan completa, que he podido decirle, mientras tomamos el aperitivo:

—Usted, Juan, ha sido un mito en el toreo.

Pero Belmonte es ingenioso y humorista, y después de asentir apunta, intencionado:

—Pero mito, en el sentido de fábula, no. Porque mi toreo es real y mis cornadas han sido ciertas...

Acpto esta versión de humor que Belmonte le ha impreso al diálogo, y añade:

—También fueron reales las cornadas del Espartero y Montes, y las majezas de Reverte, y los tres fueron mitos.

Belmonte se sonríe y comenta:

—Menos mal. Ya somos cuatro...

Pero la charla toma un tono serio. Juan Belmonte se queda pensativo y me dice después:

—Es curioso... Cuando se busca antecedentes a mi toreo, todo el mundo se orienta en el sentido del Espartero, de Antonio Montes, de Reverte... Y se da el caso de que a ninguno de los tres he visto torear, y ni siquiera me hablaron los aficionados de cómo ejecutaron las suertes, hasta que ya estuve cuajado...

Y agrega después, en un alarde erudito de fechas:

—Cuando maté el toro al Espartero, tenía yo dos años. Cuando murió Reverte, once. Cuando la tragedia de Montes, en Méjico, quince. ¡Y fué a esa edad cuando yo comencé a jugar a los toros en el Altozano...

—Y, sin embargo, existe entre ellos y usted el denominador común de la leyenda, y... algo más hondo todavía que esa aureola popular. Porque han sido Espartero, Reverte y Montes quienes, con usted, le dieron al toreo un sentido dramático y lo encauzaron por los rumbos de pararse, mandar, pisar terrenos prohibidos y basar en el templo toda la ciencia de lidiar a los toros...

—Sí... sí, ya me dijo Valle-Inclán que, para ser completo, no me faltaba sino ese pequeño detalle de morir en la Plaza...

—Pero como, afortunadamente, no ha sido así, y como usted, sobre estar retirado de los ruedos, no es hombre supersticioso, podemos hablar de esto, ¿no?

—Hablemos...

### EL MITO EN EL TOREO

Ningún torero dominador y sabio ha adquirido jamás categoría de mito. El hecho de estar dotado de poderosas facultades: la inteligencia, que lleva a dar a cada res una lidia adecuada; el conocimiento y el poder, que excluyen aparentemente el riesgo; todas estas circunstancias se conjugan para hacer que los públicos juzguen natural y corriente el éxito diario de un artista. Por eso, ni Paquirri, ni El Chiclanero, ni Cúchares, ni Lagartijo, ni Guerrita, ni Joselito han sido nunca toreros de leyenda ni mitos populares, y lo fueron el Espartero, Antonio Montes, Reverte, Juan...

Estamos precisando estos conceptos cuando Belmonte asiente y nos relata un hecho:

—Es eso tan verdad, que algunas veces llegan los públicos a términos injustos. Yo recuerdo una feria, en cierta capital de segundo orden, a la que fuimos a torear Gallito y yo. José tenía allí un cartel enorme, y en el año anterior había cortado a casi todos sus toros las orejas y el rabo. A mí no me conocían más que por referencia, porque ni de novillero había actuado allí. Cuando iba el tren entrando en agujas, notamos que un gentío enorme llenaba los andenes: "Bien ganado tienes a este público", le dije a Gallito. El se sonrió y se dispuso a recibir la gloria popular que le aguardaba. Cálculése el efecto que nos haría a los dos cuando, al pararse el tren, vino la gente a nuestro noche y gritaba frenéticamente: "¡Viva Belmonte!! ¡Viva Belmonte!!" Y algunos preguntaban: "¿Cuál es Juan? ¿Cuál es Juan...?"

Y apostilla Belmonte:

—Relato esto—que pudiera parecer inmodestia y no lo es—para poner de relieve esa injusticia de los públicos, que venían a mí por la leyenda que me rodeaba, cuando tenían en José un mérito conocido, tangible y excepcional. A Gallito aquel suceso le impresionó bastante...

### LA INFERIORIDAD FISICA

Volviendo al hilo de nuestro tema, le decimos a Juan:

—¿A qué achaca usted su analogía con Montes, con Espartero, con Reverte, no habiéndolos visto nunca torear?

—Acaso a que ninguno de los cuatro teníamos dotes físicas y hubimos de suplirlas con esa filosofía espartana de quedarnos quietos y obligar al toro a que pasara a fuerza de aguantarle y llevarlo toreado...

—¿Y la leyenda?

—A eso... A que se nos creía siempre a merced de los toros y se esperaba la tragedia en cada lance. Para el Espartero y para Montes llegó un mal día. Reverte murió, en una operación. Y yo...

—Sin embargo, todos los toreros que han dado sensación de peligro y han sido débiles no han tenido leyenda... No han adquirido esa categoría de mito.

—Porque es el riesgo inminente que ve el público tiene que ir asociado, aunque parezca paradójica, con una gran sensación de dominio y de arte, de lado del torero. Yo creo que logré producir esa emoción extraña de que podía con el toro, de que lo dominaba, y, al mismo tiempo, de que el toro me podía matar en cada lance. José, por el contrario, acentuaba tanto la primera impresión, que a nadie se le ocurría pensar en que corría peligro, en que estaba, lo mismo que yo, a dos dedos de la muerte.

—Sí... como le sucedía a Guerrita frente a Reverte y Espartero.

—Exactamente. Sólo que en el caso de Manuel la leyenda acertó, y eso ha servido luego para que el público le dé más fuerza a sus fantasías.

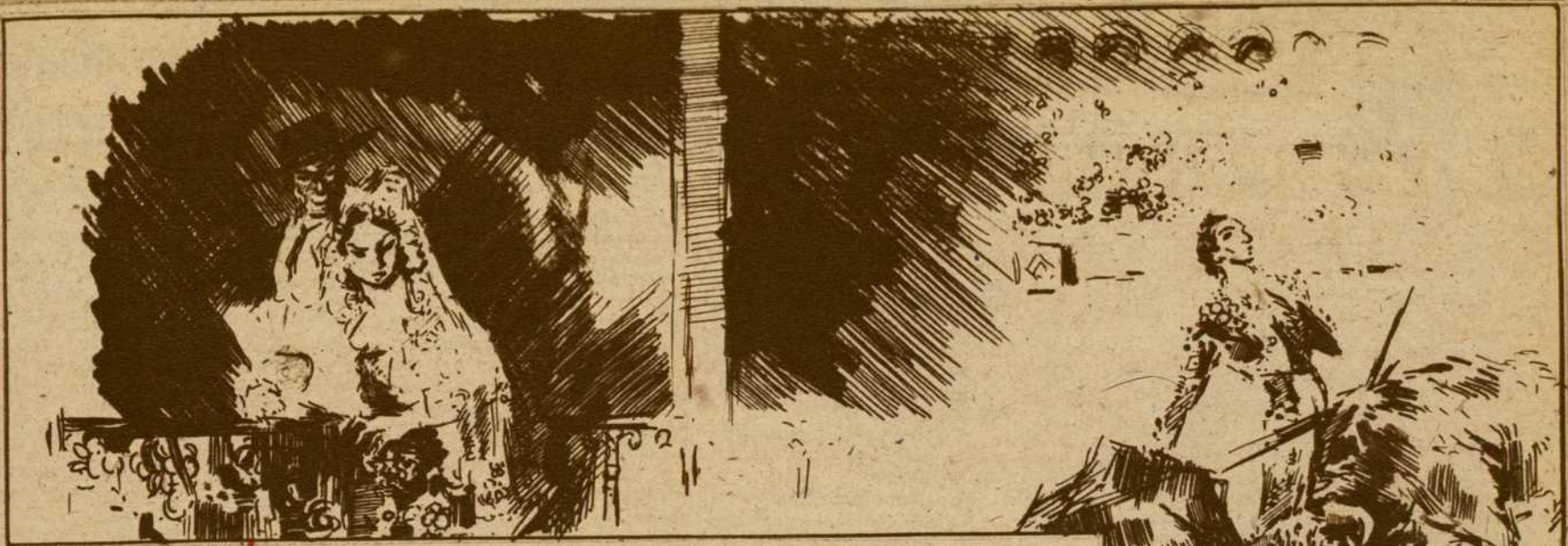
### HEROES TRISTES

Llegan amigos que truncan el diálogo. Juan ha pasado ahora a charlar de ganado, de plensos, de sementeras, de cosas del campo. De vez en cuando, Belmonte sonríe con ese gesto ancho y triste que semeja una mueca. Yo recuerdo la sonrisa triste del Espartero, la cara larga, seria y tristonada de Antonio Montes, el sacristán de Triana: la faz terrosa y verde de Reverte.

Parece como si estos hombres, que conocen mejor que nadie los riesgos en que viven, fueran hacia la muerte por fatalismo, por un criterio estoico y una interpretación senequista de la vida. Y en contraste con ellos, el alarde seguro de Curro Cúchares, el gesto de soberbia de Guerrita, aquella mueca desafiadora de Joselito...

Entre lo externo y lo íntimo hay una cohesión tan grande que llega al fino instinto de las muchedumbres y las hace intuir... Y es entonces cuando las multitudes toman en hombros a sus ídolos y los elevan a la categoría de mitos.





## ROMANCE del TORERO ENAMORADO

Por RAFAEL DE CORDOBA

Antes que muera el sol,  
antes que sea la arena  
tenue tapiz de oro desvaído  
—sin un solo rumor  
de pisadas ausentes—,  
yo volveré ante el palco  
en que estuviste,  
para aspirar de nuevo  
tu fragancia.  
Te conocí esta tarde.  
Al abrirme de capa  
y quebrar, jugueteando,  
la embestida,  
presentí que tus ojos  
me miraban.  
Allá, arriba,  
tus manos se crispaban  
en las rosas  
del mantón extendido,  
sensual ofrenda, para ti,  
de seda fina.  
Sobre tu cara pálida, de cera,  
por la emoción transida,  
era una herida de rubí tu boca  
y dos lagos profundos tus pupilas.  
Te miré..., te miré...,  
y un grito agudo  
me descubrió el peligro que venía;  
la roja mariposa del capote  
extendió alas de ensueño sobre el aitre,  
engañando a la res con su alegría.  
Tú, amapola encendida,  
te sentaste,  
y por la gradería  
voló un suspiro hondo,  
que fué para mi pecho una caricia.  
Después, bajo tu palco,

mi palabra sencilla  
—aupada por gitanos, flor de vino—  
llevó hasta ti mi brindis.  
De caireles  
se adornaron los cuernos de la fiera,  
y la muleta hizo sonar, al paso,  
los crótalos de las seis banderillas  
—yo, los pies en la arena  
y la mirada arriba—.  
Después, el rayo blanco de mi acero  
se hundió, violento, en la carne del toro,  
y el redondel se hizo  
floración de sombreros.  
Los pañuelos, flotando, parecían  
un anuncio de eterna primavera.  
La Plaza era un clamor,  
y un clavel rojo  
desde tus manos a mis pies venía.

.....  
Cuando miré de nuevo,  
a un hombre extraño  
de tu brazo de nardo ibas prendida.  
Fué un momento  
—yo, los pies en la arena  
y la mirada arriba—.  
El toro, agonizante, por la espalda  
clavó en mí el duro cuerno,  
y por la abierta herida  
mi roja sangre, por ti derramada,  
brotó. Pelele en verde y oro,  
junto al toro cayó mi gallardía.

.....  
No quisiera, mujer, morir sin verte.  
Cuando la Plaza, sin rumor, se duerma,  
vacía de pañuelos y de palmas,  
tu clavel desmayado bajo el palco  
impregnará a mi sangre en tu fragancia.



ANTONIO CASERO

## EL MEDICO DE LOS TOREROS

"Recientemente-dice el Dr. Jiménez Guinea-experimenté la sensación de devolver la vida a un muerto"



El doctor don Luis Jiménez Guinea, director del Sanatorio de Toreros, en un momento de su charla con nuestro colaborador



En realidad, no puede ser mayor la sensación de seguridad, de competencia profesional, de firmeza y dominio de sí mismo que da este doctor Jiménez Guinea sólo

con afrontar su presencia. Su prestancia física, su inalterabilidad—que se advierte, sobre todo, en lo contundente y preciso de su charla—predisponen ya a la confianza, y se piensa, sin poder precisar el motivo que la inspira, que este hombre puede realizar, dentro de la difícil órbita quirúrgica que le está encomendada, todo lo que se proponga.

Jiménez Guinea es un caso de vocación médica admirable, fomentada por el medio en que se desarrolló desde muy niño—su padre era catedrático de operaciones en la Facultad de Medicina—, y como lo más natural del mundo, como nacido ya para eso, estudió la carrera de médico—en la misma disciplina profesional que el autor de sus días—, por ser esto lo que más le atraía y agradaba.

Con arreglo al reglamento vigente de Toros, Jiménez Guinea obtuvo por concurso la plaza de médico de los toreros. Antes, en el año 1919, había ganado por oposición la plaza de cirujano del Hospital Provincial, siempre dentro de unas normas de pericia y honradez profesionales que bien pronto cimentaron su personalidad y su fama.

Hablamos con el doctor Jiménez Guinea en el Sanatorio de Toreros, que también dirige, y al cual acude diariamente para realizar importantísimas asistencias. Y le preguntamos:

—¿Son muchas las operaciones que lleva usted realizadas?

—Varios centenares, entre los cuales podría usted encontrar todos los casos clínicos habidos y por haber, desde los que a los médicos ni nos conmueven ni nos enseñan nada hasta los más aleccionadores y extraordinarios?

—¿Tiene usted, de los últimos, alguno reciente?

—El de Machaquito. A este muchacho me lo trajeron a la mesa de operaciones sin pulso, bajo el mortal aplastamiento de un shock traumático, hecho un verdadero cadáver. Mire usted cómo sería, que yo mismo, con ser tantas las operaciones de esta índole que llevo realizadas, ha sido una de las veces que he experimentado la sensación de rasucitar a un muerto.

—¿Cómo pudo realizarse esto, que bien puede definirse como un milagro de la cirugía moderna?

—Por la rápida intervención quirúrgica.

—¿Se debe a este simple hecho el que, generalmente, no se infectan las heridas producidas por el asta del toro?

Exactamente. Y de tal modo es esto claro y sencillo, que incluso en los casos desesperados—peritonitis agudas, fracturas de la base del cráneo, rotura de los más vitales órganos internos, hemorragias profundas, etcétera—cabrían siempre ciertas posibilidades de salvación, sólo con que los heridos llegasen a tiempo a la clínica.

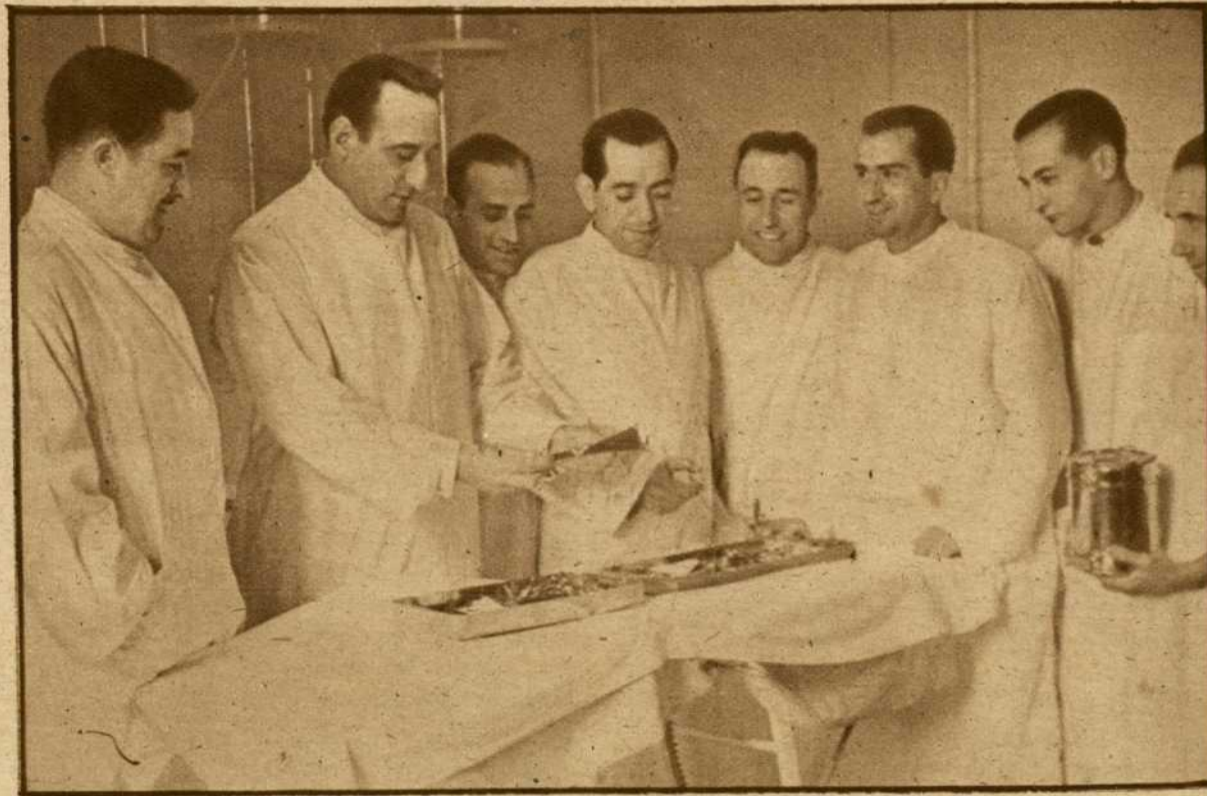
—¿Qué es lo primero que se hace con un herido en la Plaza misma?

—La llamada operación de urgencia, que consiste principalmente, en la limpieza quirúrgica de la herida. Esto ya evita o puede evitar posibles

jo, el matador de novillos Moreno Reina, Angel Revuelta—que con peritonitis aguda no pudo salvarse por llegar tarde a la clínica—, Manolo Martín Vázquez, el banderillero Luis Mira, el matador de novillos Angel Soria, los banderilleros Julio Pérez y Alegrías—que llegó con una pierna herida y fractura del cráneo—y Segundo Arana, con rotura del recto y de la vejiga.

—Ante cualquiera de estas complicadas y peligrosas operaciones, ¿no ha sentido usted alguna vez temblarle el pulso?

—No sería médico, en ese caso, ni mucho menos hubiera podido realizarlas. ¿Cómo se explica usted que pueda temblarle el pulso a un médico por mucho que tenga que cortar y rajar? Esas experiencias se sufren ya al principio de la carrera, que es cuando se decide el que puede o no continuarla. Después, ya toqueados en lo que pudiera denominarse las batallas de los quirófanos, no preocupa lo más mínimo operar en los cuerpos sangrantes y destrozados, sobre todo si se tiene en cuenta que esto se hace—que hay que hacerlo—precisamente para salvarlos. Juzgue usted lo que sería de estos cuerpos rotos, agujereados, convertidos en verdaderas piltrafas informes, si no fuera por la intervención quirúrgica. La cirugía tal vez no sea muy agradable en la práctica; pero no pueden ponerse en duda los beneficios que a la Humanidad le reporta.



Don Luis Jiménez Guinea, en la enfermería de la Plaza de Toros, rodeado de todo el personal facultativo de la misma. (Fotos Montes.)

complicaciones, y hace que, como en el caso de Machaquito, el paciente pueda salir curado del Sanatorio a los veintidós días. Por el contrario, la más pequeña demora en este género de oportunas y rápidas asistencias puede originar desenlaces funestos.

—¿Ha habido muchas cornadas en esta temporada?

—Ha sido una de las más laboriosas, y entre la gran cantidad de cornadas cosechadas, los hubo graves, muy graves y gravísimas.

—¿Recuerda usted los nombres de los toreros accidentados en esta temporada?

—Todos dentro del diagnóstico de gravedad a que me refería antes se encuentran los toreros siguientes: Capeda, Cirujeda, Maera, Montani, Lara, Domingo González (Dominguín), los banderilleros Quintana y Montañés, el monosabio Albalade-

—¿Conserva usted rasgos de gratitud de sus operados en el orden sentimental?

—Muchos; pero el más valioso de todos es la confianza que en mí tienen depositada. Además, sienten por mí una especie de cariñoso afecto, mezclado a un vivo sentimiento de respeto y simpatía, lo que me obliga a considerarlos con la misma cordial confianza con que ellos me honran.

—¿Trabaja a sus órdenes mucho personal en el Sanatorio?

—Junto a mí, que soy el cirujano-jefe, trabaja el resto del personal de la enfermería, compuesto de los elementos siguientes: los médicos señores Pardo, Castillo y Del Piro, el practicante señor Rouco, el interino señor Descalzo y dos mozos enfermeros.

J. DE A.

## LOS VIEJOS DEL RUEDO

### Don LEONARDO LOPEZ-AGUDO

Jefe del personal de la Plaza de Toros

**Pudo llegar a este cargo a través de la práctica de los más humildes oficios**



Este bueno de don Leonardo López-Agudo arribó a Madrid en 1905. Dejó los estudios para dedicarse al comercio, y en la casa de un célebre torero, Cara-Ancha, que tenía su establecimiento en la madrileñísima calle de Mesón de Paredes—número 15—, estuvo cuatro años ganando sus buenas veinticinco pesetas mensuales. En tres años, López-Agudo pudo ahorrar treinta duros, que, ingresados en el Monte de Piedad, parece que fueron la base de una ulterior y más próspera fortuna. En casa de Cara-Ancha se reunían muchísimos toreros, y entre ellos los matadores de toros Antonio Moreno, Lagartijillo, Mazantinito y el famoso Don Tancredo López—el fenómeno del pedestal—, con el gran banderillero don Tomás Mazzantini, hermano de don Luis. Este ambiente en que vivía despertó en el amigo López-Agudo cierto reconcomio taurófilo, que sólo satisfacía asistiendo a las capeas de los pueblos, viajando, eso sí, en los topes del tren o simplemente donde podía, pero alquilando siempre su capote en las casas de empeño por la respetable suma de cinco pesetas y cubriendo sus necesidades y las de sus compañeros gracias al «guante» que echaban después del festejo. Don Leonardo, en un principio, con la afición y el entusiasmo de los pocos años, pensó ser torero, pero supo arrepentirse a tiempo. Sin embargo, buscó por todos los medios imaginables el encontrarse cerca de los toros.

—¿Cómo fué—le preguntó—el ingresar usted en la Plaza?

—La loca afición que sentía y el poco dinero con que contaba me hacía estar de un pésimo humor los días de corrida, hasta que un buen día me recomendaron a don Regino Velasco y pude lograr que me colocara en la Plaza de acomodador. Con este acontecimiento recibí una de las mayores alegrías de mi vida.

—¿Dónde prestó usted sus primeros servicios?

—En las andanadas. Era costumbre hacer el aprendizaje en dichas localidades, efectúndolo en la andanada primera, con los recibidores Faustino Coreuers—ya difunto—y el veterano de la Plaza Andrés Lorenzo, que aun presta sus servicios en la misma.

—¿Qué cobraban ustedes?

—El día que trabajábamos, dos reales, teniendo en cuenta que sólo cobrábamos cuando sustituíamos a alguno de los hijos, aun cuando nuestra obligación era prestar servicios en todas las corridas.

—¿Eran muchas sus obligaciones?

—Bastantes, porque los suplentes éramos los botones de la Plaza. Lo primero que hacíamos era recoger de la conserjería los útiles de limpieza para las gradas y andanadas—servicio que debía efectuarse en todas las corridas—y después nuestras funciones de acomodador.

—¿Qué tiempo estuvo usted de suplente?

—Seis años en andanadas.

—¿Por castigo?

—No, señor; nunca sufrí correctivo alguno. Ponga usted todo lo contrario. Pero me gustaba ver los toros desde las gradas y andanadas, porque se dominan muy bien todas las suertes y a mí me gustaba no perder ningún movimiento.

—¿Qué tiempo ha prestado usted servicios como acomodador?

—Treinta y cinco años. Seis de suplente, nueve de plaza, nueve de recibidor, ocho de inspector y tres de jefe.

—¿No ignorará usted nada de la Plaza?

—No creo ignorar nada de estos menesteres y soy de opinión que todo el mundo, cada cual en su puesto, debería tener los años de práctica necesarios para poder dominar los servicios que le conciernen.

—Los días de corrida, ¿tiene usted mucho que hacer?

—Siempre hay muchas papeletas que resolver. Algunas trato de resolverlas sin molestar a mis jefes. Otras no son de mi competencia. En esta Plaza hay muchos asuntos tan sumamente delicados, que es muy difícil resolverlos sin lastimar los intereses de la Empresa, sobre todo los de carácter personal, pues son muchos los aspirantes al pase de favor, y esto ofrece grandes dificultades los días en que se agotan las localidades o el billeteaje.

—¿Y del personal a sus órdenes, qué me dice usted?

—Tengo buena gente. Muy respetuosos para todos los jefes y en especial para el público, que es a quien se debe toda clase de respetos y consideraciones.

—¿Qué personal, en total, presta sus servicios en la Plaza?

—Unos trescientos cuarenta individuos, distribuidos entre timbaleros, areneros, acomodadores, carpinteros, vigilantes, recibidores, inspectores, etc.

—¿Hay en España otra Plaza con este orden y disciplina en el personal?

—No creo que la haya. Yo he recorrido muchas Plazas, y desde luego no es esto. Sin duda, por algo es la primera Plaza de España, la Plaza, por antonomasia.

—¿Cómo distribuye usted al personal los días de corrida?

—Pasando lista dos horas antes, y como todos tienen ya de antemano su localidad de destino, en hora y media ha quedado todo terminado.

—¿Ha tenido usted muchos jefes?

—Cuatro. El llorado don Regino Velasco, don Julián Campos, don Federico Armesto—también fallecido—y don Lucio de Pablo. Los cuatro fueron para mí, más que jefes, amigos.

—¿Qué impresión ha sido la más grande que ha recibido de las cogidas de los toreros?

—Todas me afectaron mucho, pero tengo dos imborrables: la del pobre Granero y la de Gitanillo de Triana. De la primera tengo, además, un recuerdo anecdótico. Yo prestaba servicio en la grada primera, donde asistía como abonado el señor duque de Veragua. Al colocarle, me dió cinco pesetas, cosa que nunca hacía. Yo le entregué las cinco pesetas a mi compañero y jefe de localidad, Andrés Lorenzo, el cual me dijo al oído:—¿Quién te ha dado estas cinco pesetas? Y al decirle que el señor duque, me contestó también al oído:—¿Hoy va a ocurrir algo gordo? Y, efectivamente, ocurrió la muerte del pobre Granero, mientras el señor duque abandonaba su asiento llorando como un niño, pues el toro que mató al desdichado torero era de su ganadería.

—De la forma de torear actual, ¿qué me dice usted?

—Sencillamente, que se hacen cosas ante los toros muy difíciles de superar.

—¿Su predilección por algún torero determinado?

—Por todos siento simpatías, pero sólo por dos he sentido una admiración fanática: José Gomez, Gallito, y don Juan Belmonte. A mi entender, las mejores figuras del toreo que han existido.

Don Leonardo López-Agudo dedica un recuerdo emocionado a la fiesta de toros de su juventud, de aquel año 1905 en que tuvo la suerte de asistir por primera vez a una corrida en Madrid. Evoca la expectación, la alegría desbordante y contagiosa del público, en la calle todavía, y ya dentro de la Plaza, un público sano y dispuesto a divertirse, costase lo que costase. ¡Y costaba tan poco entonces divertirse!

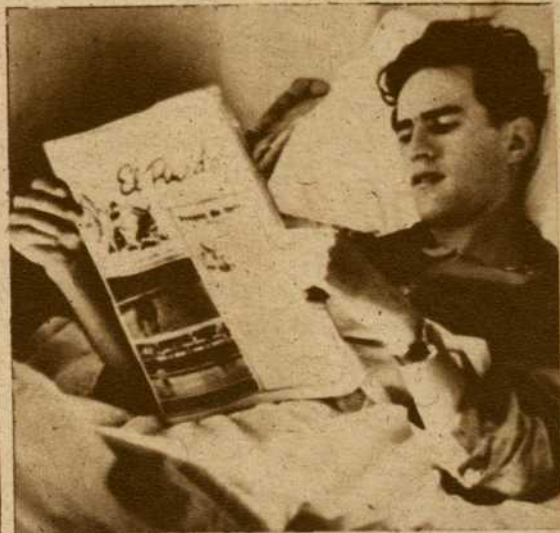
A través de la práctica de los más humildes oficios, López-Agudo ha conquistado un puesto cómodo y holgado que lo distancia enormemente del pasado, que lo sitúa en posición ventajosa frente a su vida de luchador.

Y, no obstante, don Leonardo se emociona hablando de aquel tiempo, de su tiempo, cuando, horro de todo beneficio, tenía, sin embargo, el tesoro que más se sabe apreciar cuando se ha perdido: la piedra preciosa de la juventud.

JUAN DE ALCARAZ

## ARRUZA,

en la clínica de Sevilla, mientras cura de la primera cogida en España



Carlos Arruza, visto en la clínica de Sevilla al siguiente día de su cogida en la Plaza de la Maestranza, primer percance de importancia que ha tenido en España el popular diestro (Foto Arenas.)



# Ultimo día de ARRUZA en España

Reportaje gráfico de la  
despedida del diestro  
mejicano, el lunes  
en Madrid



Carlos Arruza, el popular diestro mejicano, antes de emprender su viaje, dice adiós a la afición de España. Mejor dicho, ¡hasta la vuelta! (Fotos Palomo.)



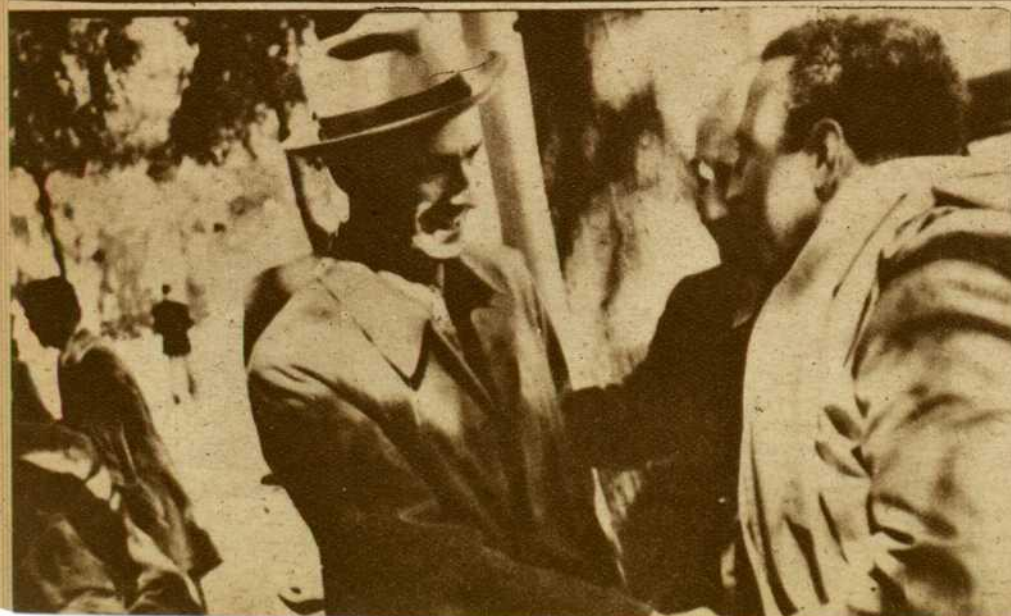
Toda la mañana del lunes no cesó de sonar el teléfono. Carlos Arruza, en esta posición que le sorprende el fotógrafo, pasó cerca de una hora diciendo adiós.



Un par de horas antes de salir para Barajas, donde el martes tomó el avión, vemos a Arruza acompañado de su madre, en charla con su apoderado, señor Gago. — Abajo: ¡Buen viaje y hasta pronto!



El lunes, en charla con su tío, el doctor Camino. — Abajo, el último paseo por la carrera de San Jerónimo, camino de las oficinas de las líneas aéreas





**El brindis**

(Dibujo de Lizcano.)



Toreros célebres: Francisco Montes, «Paquiro»